

**GENERACIÓN MELODRAMÁTICA:  
REPRESENTACIONES MEDIÁTICAS DE LAS MASCULINIDADES EN TRES  
DRAMATIZADOS COLOMBIANOS DE LOS AÑOS 1986, 1987, 2002**



**JUAN PABLO RAMÍREZ IDROBO**

**UNIVERSIDAD DEL CAUCA  
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS Y SOCIALES  
MAESTRÍA EN ESTUDIOS INTERCULTURALES  
2023**

**GENERACIÓN MELODRAMÁTICA:  
REPRESENTACIONES MEDIÁTICAS DE LAS MASCULINIDADES EN TRES  
DRAMATIZADOS COLOMBIANOS DE LOS AÑOS 1986, 1987, 2002**

**JUAN PABLO RAMÍREZ IDROBO**

**Trabajo de grado presentado para optar al título de  
Magíster en Estudios Interculturales**

**Asesora:  
Mg. Piedad Ruiz Echeverry**

**UNIVERSIDAD DEL CAUCA  
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS Y SOCIALES  
MAESTRÍA EN ESTUDIOS INTERCULTURALES  
2023**

*A Fulano, Mengano, Zutano y Perencejo,  
mis hermanos.*

## CONTENIDO

INTRODUCCIÓN .....	6
Identidad.....	8
Estereotipo y estigma .....	10
Telenovela y melodrama .....	11
PRELUDIO.....	14
Tempestad seca.....	14
Las mulas de la bisabuela.....	16
Tocata y fuga.....	19
ACTO 1 - GALLITO RAMÍREZ .....	22
Pecado original.....	26
1.....	28
2.....	30
3.....	31
4.....	32
5.....	33
François Perpignan .....	34
ACTO 2 - AMAR Y VIVIR.....	36
6.....	40
Instrucciones para fumarse a Queen .....	42
Fragmentos analíticos de libros sin leer .....	46
INTERMEDIO .....	50
Mausoleo .....	50
ACTO 3 - PECADOS CAPITALES .....	57
7.....	64
Best Seller .....	66
De aquí a Piendamó.....	75
Los sabanales .....	79
El círculo de los frágiles.....	80
BIBLIOGRAFÍA .....	87
ANEXOS .....	89
Anexo 1. Matriz de subjetividades	
Anexo 2. Borradores	

## LISTA DE TABLAS

Tabla 1. Caracterización general de Gallito Ramírez.....	24
Tabla 2. Caracterización general de Amar y vivir.....	38
Tabla 3. Caracterización general de Pecados Capitales.....	59

## LISTA DE IMÁGENES

Imagen 1. Libreta militar de Manuel.....	19
Imagen 2. Carlos Vives y Margarita Rosa de Francisco.....	22
Imagen 3. Luis Eduardo Moota (Joaquín) y María Fernanda Martínez (Irene).....	36
Imagen 4. Manuel María Idrobo Varona, mi abuelo materno.....	40
Imagen 5. Carmen Rivera.....	50
Imagen 6. Manuel Idrobo Rivera.....	51
Imagen 7. Manuel y Barbarita en el matrimonio de su hijo mayor.....	52
Imagen 8. Ester Varona Eraso.....	53
Imagen 9. Dorancé Ramírez Colina.....	55
Imagen 10. Lucía Penagos Casas.....	56
Imagen 11. Imagen promocional de Pecados Capitales.....	57

## INTRODUCCIÓN

Este texto se propone narrar el proceso de configuración identitaria en torno a la masculinidad, partiendo de las prácticas de consumo de tres telenovelas colombianas emitidas en tres años específicos (1986, 1987 y 2002), asociadas al contexto social y político del país.

Para caminar hacia allá, se hace necesario anotar que este trabajo se configura como un intento reivindicatorio de ese sujeto investigador que resucita en su lugar de enunciación como parte fundamental del fenómeno que atiende, poniéndole en primer plano a través de mi voz y usando la primera persona del singular, para narrar distintos paisajes bajo la fórmula literaria del relato. En ocasiones, dicha narración se corresponde con bastante certeza a los recuerdos que conservo de cosas que sucedieron, pero en otros, los testimonios recogidos en las conversas con los amigos y familiares apoyan la construcción literaria y ficcional de ese personaje central de los relatos en general: un Juan Pablo que es varios a la vez porque ha querido ser canal para contar experiencias afines en torno a sus vivencias y que puede mostrar ese lado variopinto de hombres de su generación y cómo crecieron enfrentándose al aprendizaje de los valores hegemónicos, así como a sus posibles rupturas. En palabras de Beatriz Sarlo (2006), "(...) la historia oral y el testimonio han devuelto la confianza a esa primera persona que narra su vida (privada pública, afectiva, política), para conservar el recuerdo o para reparar una identidad lastimada" (p:22)

Nací a mediados de 1979 en Popayán y, para ese momento, estaba en vigencia el Estatuto de Seguridad expedido bajo el gobierno del presidente Julio César Turbay Ayala, que facultaba a las fuerzas militares de Colombia a hacer las veces de policía judicial. Según el relato de mi madre, cuando yo estaba por nacer, ella veía una telenovela que se llamaba "La abuela", protagonizada por Teresa Gutiérrez y que contaba la historia de la matriarca de una familia y la decadencia de su linaje. Mi hogar era católico de clase media, lo que en ese momento se denominaba clase media alta, y vivíamos en la casa paterna en el centro histórico de Popayán. La rama materna es de origen obrero y de artesanos, asentada en el sur, en la antigua salida hacia Pasto por el camino de Calicanto hacia Paispamba. Mi padre era empleado de un banco y mi madre enfermera y fui educado en escuelas confesionales: parte de la primaria, en el colegio Champagnat y el bachillerato en el Real Colegio San Francisco de Asís, que ya no era regentado por comunidades religiosas, sin embargo, conservaba la enseñanza católica y un férreo régimen militar.

Por otra parte, el hecho de que sea la televisión el detonador de esta serie de reflexiones y relatos está relacionado con la función moralizadora y pedagógica que los medios masivos de comunicación realizan en su misión de compulsar la estabilidad del estatus quo. Es por ello que, al igual que otros aparatos ideológicos del Estado, la televisión en particular es un componente primordial de aquella “escuela paralela”, que difunde, implanta y adoctrina en intentos de fijar y consolidar las identidades nacionales.

Tampoco se puede desconocer que la televisión es imagen y representación, un flujo de imágenes que nos acercan y nos relacionan de una manera peculiar con la realidad. Así, la televisión es un hecho cultural en tanto configura campos y redes de significación (Füller, 2002), y su forma expresiva es la narración, encontrando en el melodrama un vehículo muy potente para contar historias, ya que se instala en los imaginarios y bebe de ellos para construir sus ficciones. Es decir, la televisión pretende suplantar la realidad en su totalidad en un tiempo presente, evidenciando una pugna entre su función estabilizadora del sistema y la ideología que lo sustenta, a la usanza de la escuela tradicional que, al decir de Freire (1970), cumple una función bancaria cuando la educación se limita a la simple transmisión de datos, valores, conocimientos sin mayor reflexión y en una relación vertical entre educador y educando. La televisión puede cumplir un papel similar si la vemos como un medio que transmite ciertos mensajes en una sola vía y que los construye a partir de las realidades, pero con el fin de reforzarlas y no de transformarlas.

La primera vez que recuerdo haber visto televisión fue el día del terremoto que destruyó gran parte de Popayán en 1983. El jueves santo de ese año, 31 de marzo a las 8 de la mañana, “daban” Plaza Sésamo y recuerdo a la rana René explicando que los triángulos tienen tres lados mientras la tierra comenzaba a temblar. Después del terremoto y de la separación de mis padres, mi crianza corrió por cuenta de mi mamá y mi abuelo materno, pues nos fuimos a vivir a su casa. Ahí, la televisión era un elemento que agrupaba a la familia durante algunas horas diarias y en sus contenidos teníamos la posibilidad de entretenernos y sacar material para jugar en otros espacios como la escuela.

Evidentemente, los medios masivos de comunicación han jugado un papel importante en la compulsión de estereotipos ya que son lugar para la producción y apropiación de sentidos (Martín Barbero, Rey, & Rincón, 2000). En el caso específico de la televisión es posible observar un fuerte esquema de producción de mensajes en una sola vía, transformándolos en prácticas sociales que se naturalizan con facilidad; la televisión es un hecho cultural en tanto configura campos y redes de significación (Cassano, 2011), por lo que se puede entender a

la televisión como un espacio de representación de diversos mundos posibles en constante diálogo.

De otro lado ese diálogo diverso en el espacio representacional televisivo trae a colación a lo intercultural como categoría académica, que pone la lupa sobre las asimetrías que generan disputas por la historia, las identidades. En ese sentido, hablar de masculinidades implica reconocer a través del relato que las revive, que “El pasado vuelve como cuadro de costumbres donde se valoran los detalles, las originalidades, las curiosidades que ya no se encuentran en el presente” (Sarlo, 2006, p.19), y que, sin embargo, tienen su correlato en las actuales maneras de entender las relaciones de los cuerpos con lo masculino. Además de que esas asimetrías de género se cruzan con otras aristas de la matriz colonial de poder (raza, clase social, etc.), generando un panorama amplio de disputas por el ser, estar y el reconocimiento.

## **Identidad**

Una de las principales aristas por las cuales he trasegado para elaborar los relatos que componen Generación Melodramática, es la histórica disputa por las identidades, que se plantea en términos de género cuando se empieza a trascender la dicotomía racional hombre-mujer. Al elemento biológico de la categoría “sexo”, habría que incorporar la oposición semiótica de masculinidad y femineidad:

La categoría de sexo es desde el comienzo normativa. Lo que Michel Foucault llamó un “ideal regulatorio”. En este sentido pues, el “sexo” no solo funciona como norma, sino que además parte de una práctica reguladora que producen los cuerpos que gobierna, es decir, cuya fuerza reguladora se manifiesta como una especie de poder productivo, el poder de producir-demarcar, circunscribir, diferenciar los cuerpos que controla... En otras palabras, el sexo es una construcción ideal que se materializa obligatoriamente a través del tiempo. (Butler, 2002:18)

Dicha oposición semiótica se expresa en términos de la oposición en lo que hombres y mujeres son y deberían ser, por lo que “(...) la masculinidad es el término inadvertido, el lugar de autoridad simbólica. El falo es la propiedad significativa y la femineidad es simbólicamente definida por la carencia” (Connell, 2003: 36).

Ahora bien, los efectos en los cuerpos de aquellas prácticas que ubican a hombres y mujeres en determinadas posiciones sociales, son lo que podemos asumir como relaciones de género, y sus efectos en el cuerpo, personalidad y cultura son, precisamente, los detonadores de este trabajo.



Entonces, al hablar de género se hace referencia a una práctica social que habla del cuerpo y de lo que se hace con él, pero que no se restringe al cuerpo. De modo que

(...) no existe una esencia natural de lo femenino y de lo masculino [...] sino mil maneras diversas de ser mujeres y de ser hombres en nuestras sociedades en función no solo del sexo de las personas, sino también de su grupo social, de su edad, de su ideología, de su capital cultural, de su estatus socioeconómico, de su orientación sexual, de sus estilos de vida, en definitiva, de sus maneras de entender (y de hacer) el mundo y de la naturaleza de las relaciones que establecen con los demás seres humanos. (Lomas, 2003: 12)

Por eso, habría que empezar por reconocer que no hay un solo tipo de masculinidad, así como el papel subalterno que la mujer ha jugado en la historia. Además, el género es una manera de estructurar la práctica social en general, involucrándose (intersecando)<sup>1</sup> con otras estructuras sociales, raza y clase, por ejemplo. De modo que no solo hablamos de las relaciones de poder entre hombres y mujeres, sino también entre hombres en distintos lugares de enunciación (hombre blanco hombre negro, hombre rico-hombre pobre, etc.)

Al no ser homogénea, la masculinidad tampoco es históricamente inmutable. Su modelo hegemónico no lo es en tanto esencia, sino como ideología y forma de ejercicio de poder y opresión. Siguiendo a Conell (2003), la masculinidad que ocupa la posición hegemónica en un modelo dado de relaciones de género, una posición siempre disputable, es aquella que será dominante. Pero para identificarla se hace preciso poder entender cada circunstancia y cada proceso histórico y social y así mismo entender que subordinación, complicidad y marginación son factores que cruzan este ejercicio hegemónico de lo masculino. El ejercicio de dominación no sólo se practica en cuanto a la raza o la clase social; hombres heterosexuales vs. hombres homosexuales, que están subordinados por una serie de prácticas que cuestionan su no correspondencia con el modelo. Es más, desde la perspectiva de la masculinidad hegemónica, usualmente lo homosexual se asimila con facilidad a lo femenino.

---

<sup>1</sup> El lector puede revisar la matriz raza-clase-género que elaboré para ubicar mi propio lugar de enunciación en referencia a las dominaciones cruzadas. Se encuentra en el anexo 1.

## **Estereotipo y estigma**

Como práctica significativa, los estereotipos son cruciales en la representación de la diferencia. Son marcas que se ponen sobre lo representado para reducir, esencializar y excluir.

Según Stuart Hall (2010):

Los estereotipos retienen unas cuantas características “sencillas, vividas, memorables, fácilmente percibidas y ampliamente reconocidas” acerca de una persona, reducen todo acerca de una persona a esos rasgos, los exageran y simplifican y los fijan sin cambio o desarrollo hasta la eternidad. (...) (p: 430)

A través del estereotipo se despliega un acto ‘doctrinal’ que marca la diferencia entre lo normal y lo anormal, excluyendo lo que no ajusta. En el caso de las masculinidades, hay un prototipo al que los hombres deben ajustar. Dicho modelo se enseña y se impone en la familia, la escuela, las relaciones sociales y a través de los medios masivos de comunicación (cine, televisión, etc.). Entonces, los rasgos masculinos deseados en cualquier hombre se perciben como naturales e inevitables, por lo que la no correspondencia con ellos es motivo de sanción social, que se materializa -como se verá a lo largo de los relatos - en la proscripción a través de la burla, porque esa relación entre el molde, el deber ser y lo que no le es funcional, se ve atravesada por la marca social que pone un rótulo sobre lo indeseable. Aquí empieza a operar el estigma (Goffman, 2006) como la puesta en escena del castigo social cuando surge lo imprevisto para el sistema, en la pugna entre normales y anormales; deseables e indeseables.

Mara Viveros (2002) ejemplifica esta situación:

Un hombre de verdad en Colombia no puede fundar su identidad masculina en función únicamente de sus capacidades viriles de conquista sexual o de sus destrezas físicas. De hacerlo, corre el riesgo de no ser percibido como un hombre cabalmente adulto y por lo tanto respetable socialmente. Pero tampoco puede contentarse con cumplir su deber como padre responsable y cónyuge comprometido, pues se expone a perder el margen de autonomía y las libertades de las que disfruta socialmente como varón. (p: 223)

## **Telenovela y melodrama**

La telenovela ha sido un formato de gran importancia para la configuración y consolidación de las identidades nacionales en América Latina. A través de sus lógicas narrativas (herederas del cine mexicano con fuerte arraigo en el melodrama), se han representado los ideales, en empaque estereotípico, de cada actor social. Además, nuestra historia ha sido entendida desde modelos narrativos (Cassano, 2012); entonces, la telenovela como formato de un tipo peculiar de narración presenta un fragmento de realidad que moldea nuestra identidad y mira al otro.

En el caso de la masculinidad es importante decir que las telenovelas han puesto en primer plano la estereotipación del hombre en varios ámbitos y que ha desplazado su órbita de interés a través del tiempo:

Antes de internet el medio masivo por excelencia era la televisión y las telenovelas su formato mayor. Además, el género televisivo idóneo para la dispersión de estos imaginarios es la telenovela y su influencia en Colombia ha sido muy poderosa pues, siguiendo a Martín Barbero (1992), no solo es el tipo de programa más legitimado en las preferencias de sintonía, sino además la forma de producción local más exitosa en términos comerciales en nuestros países. De consumo obligado, sobre todo en zonas urbanas, a partir de la década de los 70, la televisión congregaba a la familia y los hombres representados en aquellas historias en los papeles protagónicos respondían a los cánones estéticos y morales imperantes: heterosexuales, católicos, blancos o mestizos, dominantes, autoritarios, proveedores, explosivos, etc. Aquellos personajes que no ajustaban a lo 'normal' se representaban en el plano caricaturesco, por ejemplo, el peluquero homosexual, el solterón de dudosas inclinaciones, el curita de pueblo, parrandero y coqueto o el bobo del pueblo.

Y la forma narrativa de la telenovela es el melodrama que, a su vez, es la narrativa del cliché, del estereotipo. Las pasiones desbordadas y las historias de amor convencionales cumplen el cometido narrativo de ejemplificar el deber ser: hombres cumpliendo los roles sociales impuestos para cada cual sin salirse de los bordes de la matriz moderna que los encierra, so pena de ser sometidos al ridículo. Mujeres sumisas y decididamente luchadoras por el amor de un hombre para no quedarse solas. Entonces, cuando no se ajusta a estos parámetros, el estereotipo opera para representar lo "disfuncional": lo negro, lo indio, lo homosexual, lo pobre. Estas expresiones otras terminan, generalmente, representadas en el plano del folklor y la caricatura.

La herencia teatral del melodrama y su origen como fórmula contestataria de las clases populares frente a la censura<sup>2</sup>, afianza sus raíces en el efectismo que se requiere por ser una narrativa pasional y que relata la cotidianidad de la gente, pero a escala amplificadora para mostrar de manera ejemplificadora, los modos aceptables y reprochables de ser. Para lograr este efecto narrativo, lo moral cobra forma física, humana, a través de los estereotipos que provocan una suerte de *estilización metonímica* (Sadoul, 2004), otorgando a cada emoción y cada valor del contexto imperante, rasgos bien marcados en la interpretación actoral. No es gratuito que la apariencia de los “buenos”, tienda a ser más prolija, limpia o, al menos, ajustada a la belleza hegemónica, y que los “malos”, oscilen hacia el polo opuesto.

La estructura narrativa melodramática combina cuatro arquetipos y con ellos juega para poner en escena el relato: el *Traidor*, el *Justiciero*, la *Víctima* y el *Bobo*. Alrededor de estas cuatro formas es que los personajes de las historias narradas cobran vida en la representación y se instalan en el imaginario popular (Martín Barbero, 1987:132).

Los tres productos televisivos que sirvieron de acicate para la escritura de este trabajo (*Gallito Ramírez*, *Amar y Vivir* y *Pecados Capitales*), son ejemplos de dicha estructura dramática, funcional a esa misión doctrinal que la televisión ejecuta en tanto es un medio masivo y, por lo tanto, un lugar simbólico de gestación, apropiación y difusión de los valores de la sociedad. Inclusive con sus rupturas y subversiones a los esquemas tradicionales del melodrama, como se anotará al inicio de cada sección de este texto.

Entonces, y para ir a tono con la estructura narrativa que detonó este ejercicio de escritura, *Generación Melodramática* se compone de un preludio, tres actos y un intermedio. El preludio da cuenta de los antecedentes contextuales biográficos que me acercan a mi nacimiento en Popayán en 1979, a través de tres relatos germinales que son protagonizados por mis familias paterna y materna y sus próceres (tías bisabuelas, bisabuela y abuelo maternos). El acto 1, *Gallito Ramírez*, abarca un periodo en mi línea de tiempo que va desde 1979 hasta el despuntar de la adolescencia. El acto 2, *Amar y Vivir*, se ocupa de la primera juventud. El intermedio, consta de un cementerio familiar donde reposan notas muy ligeras dedicadas a cada uno de mis muertos. Y el acto 3, *Pecados Capitales*, intenta una narrativa de los años de estudiante universitario y primera adultez. Al inicio de cada

---

<sup>2</sup> A finales del siglo XVII en Francia e Inglaterra se prohíben los espectáculos callejeros, dado su alboroto. El teatro se reserva para las clases privilegiadas, por lo que la gente del común empieza a reemplazar los diálogos de sus sainetes callejeros por mímica, contorsiones y canciones. De ahí su nombre, melodrama. (Martín Barbero, 1987)

capítulo se registra una breve reflexión que bien podría ayudar a la lectura de los relatos.

Doy, por lo pronto, una calurosa bienvenida a quien quiera y pueda leer estas páginas.

## PRELUDIO

Escribir en primera persona es autoincriminarse ante los ojos de los conocidos. Subsiste el error de asociar el yo de lo narrado al autor y no al personaje que cuenta lo ocurrido. Si el lector conoce en persona al autor busca en la historia las confesiones de su alma atormentada y lo último que percibe es que hay un personaje, siempre ficticio, que es capaz de hablar desde su óptica.

Ha de ser porque hablar en primera crea una atmósfera de mayor honestidad, de cercanía con el mundo. O porque nos gusta el chisme. O porque no hemos aprendido a leer.

Es tarea del lector, en su rol activo como parte final de la cadena escritural, establecer el distanciamiento entre autor y personajes. El escritor juega y confunde, esa es su tarea. El escritor no explica más allá de lo necesario porque confía en el lector y, además, nunca piensa en él. Este ejercicio de indiferencia ha de ser mutuo.

### **Tempestad seca**

Existe una anécdota familiar, de esas que generación tras generación van ganando brillo a raíz de los bonitos detalles que cada narrador agrega, que relata un episodio veraniego con tanático final.

En la hacienda de los mayores había un potrero que era custodiado por una antigua casita de capataces. Solían irse hasta allá, cada año, cuatro hermanas –viejitas y solteronas- para bordar sus soledades durante el verano. El resto de la familia ocupaba la casa principal al pie de la incipiente carretera. Eran los días calurosos del año, con jornadas de natación en la quebrada, cometas y boñiga. También era la época de las tempestades secas, tambores del cielo que anuncian el agua que nunca llega.

Fue en agosto. Tronó y todos vieron el destello. Un niño, hijo de peones, llegó corriendo y con un hilo de voz le habló a mi bisabuelo, en esos días mozo bien parao (como decían las señoras de la época).

- Las tías... La casa... El potrero...

Bastó ese telegrama parlante para que los grandes ensillaran sus bestias y apuraran hacia el potrero. Los niños volvieron al chapoteo y al escondite de ratones en las enaguas de las nanas.

De lejos se veía arder un pedacito del techo, nada más. Más cerca, la fachada de la casita estaba ahumada. Adentro, en la sala, un olor a chicharrón y cuatro dechados de virtudes, almas purísimas, agarradas a sus tramas y madejas, rígidas y chamuscadas.

## Las mulas de la bisabuela

A Esther se le murió la mamá y la noticia tardó en llegar porque era difícil avanzar en el camino enlodado y la recua de mulas que venía con la leche se porfiaba cada dos por tres. Las mulas acarreaban leche y recados, y la finquita donde Esther había crecido quedaba a la vera del camino.

El arriero se asomó por el Boquerón y corrió loma arriba hasta la casa cercada de geranios donde Vicente había instalado a Esther hacía ya diez años. Don Vicente, traigo noticias para misia Esther. Pues dígame a mí ¿Qué puede haber en este mundo, alusivo a mi mujer, que yo no pueda saber? Sí, don Vicente, tiene usted razón. Lo que pasa es que doña Clemencia, su suegra, se murió. Ah, carajo, cosa bruta... Y el curita me mandó a decirle a misia Esther que vaya y arregle la herencia porque esa finca se queda sola.

Vaya con bien, le dijo Vicente al arriero y le dio un peso que apretaba desde hacía rato entre la mano.

Esther pasaba los días entre el jardín, la cocina y los niños, Manuel y Rafael. Las labores hogareñas eran nuevas para ella, pues hasta que se enamoró de Vicente, no había hecho nada distinto a criar ganado, montar a caballo y pagar peones junto a su mamá, ambas solas desde la muerte del padre durante la guerra de los Mil Días. La finca daba leche y carne, por lo que no la pasaban tan mal. Tras el matrimonio de Esther, la madre siguió administrando con buena mano y enviando las rentas de la hija con total puntualidad. Por eso no faltaron los avivatos que quisieron aprovecharse de una inexistente fragilidad de estas dos mujeres. A Esther le llovían los pretendientes: médicos de familias venidas a menos, hacendados de la región, oficiales del ejército... Pero el sorteo se lo ganó el músico ambulante, hijo de herrero, nieto de indio, con más ambición que destrezas. Vicente se casó con ella y la sacó de la finca para llevarla a su casa paterna. Ahí nacieron los hijos y, ahí mismo, aprendió a atender al varón.

En esas estaba cuando Vicente vino y le contó lo que el arriero le había dicho. No la dejó hablar. Simplemente le anunció las disposiciones que había adoptado sobre el asunto.

Te doy tres días de permiso para que enterrés a tu mamá. Gracias, mijo, contestó ella en automático. Esa misma tarde ensilló la yegua de Vicente y tomó el camino hacia Paispamba. Se llevó al hijo menor, Rafael, para que le asistiera durante el viaje.



Al llegar encontró al cura junto al cadáver de su madre. Algunas vecinas hacían velorio con lánguidos sonidos guturales. ¿Qué vas a hacer con todo esto?, dijo el cura. Toca vender las vacas y la casa, no hay nadie que cuide, dijo Esther, tomándose un aguardiente y echando un vistazo por la casa. Rafael, empieza a descolgar cosas de las paredes; esta casa queda vacía antes del amanecer, ordenó. Cuando el sol despuntó por encima del Sotará, no era mucho lo que se había avanzado en el desmonte de la casa. Había muchos abalorios que se iban guardando en petacas para trastearlos a Popayán. Decidió enterrar a su mamá y tuvo que ir hasta un pequeño cementerio a unas tres leguas. Lloró con el rigor cristiano que marca estas ocasiones y volvió a la finca donde ya aguardaba una fila considerable de posibles compradores. A todos los escuchó y consideró las mejores ofertas, mientras el día se consumía con una rapidez inusitada.

Al anochecer mandó a encender candela y puso la olla con aguadulce para que Rafael pudiera dormir. Los niños visitaban a su abuela Clemencia en los veranos y se sabían el mapa de la propiedad. Mamita, decía Rafael, yo me quiero quedar acá, es más bonito. No podemos, mijo, su papá y su hermano esperan en la casa, además, yo ya no tolero el frío.

Se acostaron envueltos en cobijas hechas con lana de las ovejas de la misma finca y cayeron en un sueño muy profundo.

Esther soñó con las tres leguas recorridas hasta el cementerio. Vicente venía en un caballo negro y le mostraba una fusta larga con la que hacía gestos amenazantes. No te demorés, descocada, que te doy una pela..., decía el jinete con cara de Vicente, pero con cuerpo de Gorila. Rafael saltaba sobre su padre y le mordía el cuello, pero Vicente lo tomaba por la cabecita y lo estrellaba contra una piedra. El crujir de los huesos del niño sacó del sueño a Esther, sudando y lista para el amanecer de la segunda jornada de permiso.

Ese día pudo negociar la mayor parte del ganado. Las vacas lecheras empezaron su trasteo hacia un nuevo hato; las ovejas tapizaban las lomas adyacentes y subían o bajaban según los perros las guiaban. Rafael correteaba patos siempre que su madre no lo mandaba a seguir poniendo cosas en las petacas.

Doña Clemencia no había sido solo mujer de vida agropecuaria, sino que sentía una profunda debilidad por adquirir antigüedades. Con el esposo vivo, la casa lucía una portentosa biblioteca que se conservó intacta. Así mismo, pululaban piezas de vajilla exótica, artefactos de tocador provenientes de épocas menos mecanizadas y joyería rimbombante y exquisita. Más que la tierra y el ganado, era este el verdadero tesoro.

Esther pensó en el desahogo financiero que representaba ser dueña de todo esto. Pensó en un resto de vida apacible, viendo crecer a los niños y a Vicente convertido en un respetado prestamista, comprando una casa en el centro.

Vicente aullaba de furia. Conoció a Esther sabiendo su carácter y su poco arraigo a la feminidad usual para entonces. La enamoró con serenatas, paseos bajo el sol y palabras dulces sobre un futuro deslumbrante. La suegra se opuso, pero Esther hacía lo que le venía en gana y se fugó con el mamarracho.

La primera paliza fue durante la noche de bodas. Esther no sabía cómo preparar un tinto, por lo que Vicente la castigó en el cuerpo, dejándole la cara limpia. Y cada lección de culinaria entró con sangre. Esther aguantó porque sí, porque el embarazo, porque, efectivamente, ser como ella no era propio de mujeres decentes. Vicente se odiaba por haberla dejado partir. Debía ser él quien estuviera al frente de tasar esa jugosa herencia. Además, con los años Esther no había perdido sus encantos. Cualquiera entelerido podría estar cortejando a su mujer, pensaba. Ya debería estar aquí, dijo con los puños crispados y oteaba por la loma, hacia el camino, buscando señas de jinetes acercándose.

El plazo del marido se incumplió. Corre el sexto día y las cosas de la finca apenas quedan embaladas. Rafael junta las mulas, que suman un total de veinticinco, y las apere una por una. Esther ha cerrado un conveniente trato por la casa y los potreros, pagaderos en dos cuotas, la primera de las cuales lleva en efectivo guardada en una petaca de la mula de adelante. El trayecto es arduo por el peso y el peligro de llevar tantas cosas. Se ha pagado al arriero y a dos vecinos con escopetas para escoltar la recua.

Al amanecer del séptimo día, Vicente sintió los cascos acercándose. Manuel, el hijo mayor, salió despavorido hacia la recua de mulas y comprobó que quien cerraba el desfile era su mamá. Se quedó con ella que venía junto a Rafael. Vicente estaba tranquilo. Él mismo abrió el portón y franqueó el paso a cada mulita que hacía el último esfuerzo para trepar la loma y llegar a la casa. Contaba en voz alta: ¡Veintitrés, veinticuatro, veinticinco...! Los escoltas y el arriero se quedaron junto a Esther, que no desmontaba, y se despidieron junto al portón. Vicente la miró mientras ella montaba a Manuel en el anca, disponiéndose a entrar a su casa. Ella encontró los ojos de Vicente que la miraban sin expresión, pues había tenido varios días para pensar en el castigo a su mujer desobediente. Él, haciendo más fuerza de la usual, cerró el portón antes de que Esther y los niños pudieran entrar y regresó a la casa para revisar la carga de las mulas. Mandó un muchachito de por ahí a que les sacara un baúl con los corotos y lo dejara en el camino.

## Tocata y fuga

- 4 -

Instrucciones para conservar la presente libreta.

1. Esta libreta prueba que el poseedor ha prestado el servicio militar en el Ejército activo, o pagado la cuota de defensa nacional.
2. Debe ser cuidadosamente conservada, y el colombiano que ha llegado a los veintún años debe mantenerla siempre consigo, si no quiere ser reclutado o que se haga comparecer ante la autoridad en cualquier momento.
3. Siempre que un individuo sometido a las obligaciones militares cambie de domicilio, informará a la autoridad territorial (Alcalde) del lugar que abandona, y se presentará personalmente ante la autoridad territorial (Alcalde del lugar donde va a establecerse).  
El individuo que deje de cumplir el requisito anterior será castigado con una multa de \$ 1 a \$ 50, convertibles en arresto, en proporción de un día por cada peso, si no fuere pagada en el término que se le señale. (Artículo 11 del Decreto legislativo número 707 de 1927).
4. El cambio de domicilio dentro de un mismo Municipio debe ser informado a la autoridad.
5. La partida o abandono de un Municipio, así como la llegada al en que va a residir, deben ser oficialmente certificadas en la Libreta de Servicio Militar.
6. Si alguna libreta fuese falsificada o alterada en todo o en parte, el poseedor o el responsable caerá bajo las sanciones legales por falsificación de documentos públicos.
7. El individuo que la pierda involuntariamente debe informar inmediatamente a la autoridad territorial más próxima, quien se la repondrá, después de que el interesado compruebe lo que declara y consigne un peso (\$ 1) como valor del ejemplar que recibe.  
Esta suma ingresará al Tesoro como fondo de defensa nacional.
8. Las autoridades encargadas de autorizar con su firma el presente documento incurrirán en grave falta en caso de que no lo hagan por negligencia u omisión, y se harán acreedoras a las sanciones correspondientes.

- 5 -

Datos personales.

Nombre y apellido *Manuel María Idrobo*

Nombre y apellido del padre *Francisco Idrobo*

Nombre y apellido de la madre *Cater Valencia*

Nacido el *21* de *Noviembre* de 19*14*

Lugar de nacimiento *Papayan*

Reside en *Papayan (Centro)*

FILIACION

Color *moreno*

Ojos *rojo*

Nariz *forma base de la nariz regular*

Cabello *liso*

Frente *ancha*

Boca *mediana*

Labios *mediana*

Señales particulares

(Firma) *Francisco Idrobo*




Imagen 1. Libreta militar de Manuel

Fuente: archivo personal

Los días de Manuel se sucedían, uno tras otro, sin mayores sobresaltos. Había cumplido los 21 y venía siendo sastre desde hacía poco. Se ganaba la vida con decencia y parquedad, habiendo renunciado a las peleas clandestinas donde reunía dinerito adicional para comer rellena los domingos. Era un peleador no muy refinado, pero bastante efectivo, lo que le valió fama de imbatible, sobre todo, si ya venía con algunas totumas de chicha en la cabeza. Tras algunas escaramuzas con la policía, decidió no hacerlo más, no traspasar el límite de la ley pues le aterraba ir a dar con sus huesos a un calabozo.

Además, como buen liberal, vivía entusiasmado con las perspectivas de la Revolución en Marcha, recién iniciada por su idolatrado doctor López. Así lo comentaba con su madre, una mujer recia, de las primeras divorciadas que no tuvo pena de asumirse como tal en el pueblo parroquial de Manuel.

Entonces, de día corte y planche, cosa y camine a entregar el vestido que el cliente es afanoso. De noche tocaba la trompeta en combos de amigos. Se le quitó lo peleador, pero no lo andariego. Su padre, viejo militar, le enseñó el instrumento y luego le dio por estudiarlo en el conservatorio. A su taller llegaban caballeros payaneses con sus cortes de paño inglés para que Manuel se los devolviera convertidos en pantalón, saco y chaleco. Operaba sus artes y transmutaba la tela rectangular en aquellas tres piezas tan necesarias para salir a la calle sin pasar frío ni vergüenzas.

La dulce rutina de máquina de coser Singer, tiza y dedal se vio alterada un día de diciembre de 1935. Eran las diez de la mañana y Manuel planchaba las mangas de un saco que acababa de cortar. Tocaron la puerta. Varios golpes muy insistentes y fuertes. ¡Ya va, carajo, parece la policía!, dijo con desagrado y se colgó la cinta métrica en el cuello, mientras caminaba hasta la puerta. Como si hubiese lanzado un vaticinio, abrió y en el umbral se veía la figura recia de Ortega, policía de la cuadra y amigo de infancia de Manuel.

¿Quihubo, Manuel? Te traigo noticias. Seguí, seguí, Ortega. ¿Qué fue?, dijo Manuel, franqueándole el paso. Ortega venía acalorado, lo que hizo pensar a Manuel que había llegado corriendo. ¿Querés un tintico? No, agüita, mejor. Y de un botellón de vidrio sirvió dos pocillos de café, pero con agua. Mirá, Manuel, tengo esto para vos. Ortega sacó del bolsillo de la camisa un papel doblado en tres. ¡Ay, jueputa!, fue lo que dijo Manuel al leerlo. ¿Cómo así, explícame? Y Ortega explicó. Esta mañana salió orden de captura contra vos pues acabaste de cumplir los 21 y no te presentaste al cuartel. En este momento sos remiso; debo ponerte preso y llevarte al calabozo mientras el juez militar dispone algo.

Manuel escuchaba entre bruma. Los oídos le aleteaban y una rabia contenida le pulsaba las entrañas. Justo ahora el cuartel se le hacía la opción más repulsiva. Justo ahora que había enderezado el camino y que la vida se le daba bien. Ir al ejército era pasar en prisión los dos años que duraba el servicio, sin vivir de verdad, sin contacto con las cosas buenas de la vida. Manuel escuchaba los detalles que Ortega le decía y, al mismo tiempo, pensaba en opciones.

Primero, no quería salir esposado. Le resultaba del todo humillante salir así, maniatado. ¿Qué diría su padre cuando los chismosos corrieran a contarle que su hijo mayor iba prisionero? Segundo, pensó en escapar. Huir muy lejos y comenzar una nueva vida. Total, sabía pelear, tocar trompeta y coser. Se vio de grumete en un vapor del Magdalena, llegando a Barranquilla con nombre falso y embarcándose al fin del mundo. Quiso pensar en la espesura de la selva y creía poder aguantar el

rigor de la humedad del Putumayo abajo. La recién terminada guerra con el Perú le había dañado el ánimo bélico, otra razón para no enlistarse: muchos conocidos suyos habían vuelto locos de las pocas batallas libradas.

Ortega se movió hacia él. Le puso una mano en el hombro. Ni modo, Manuel, date por preso. Sacó las esposas y le apretó una en la muñeca izquierda. En ese momento a Manuel se le iluminó el rostro, pues había encontrado la manera de evadirse. Hombre, Ortega, vos me conocés. Mirá que estoy a medio trabajo y es para entregar hoy; no puedo quedarle mal al cliente. ¿Y de qué va todo esto, Manuel? Pues que te pido encarecidamente que me dejés terminar este vestido y entregarlo. Si venís a las seis de la tarde, estaré esperándote y me voy con vos para la cárcel.

A Ortega no le pareció mala idea. En todo caso, Manuel tenía fama de todo menos de hombre traicionero. Bueno, Manuel, vengo a las seis y si no estás toca buscarte con orden de disparar. Lo sé, Ortega, y muchas gracias.

A partir de ahí la tarde fue frenética. Acabó el vestido. Sacó una maleta de su padre y alistó unos pocos efectos, dinero encajetado y la trompeta. El tren hacia Cali salía a las cuatro, pero consideró esta opción como la peor ya que el puesto de policía quedaba junto a la estación, Ortega estaría cerca. Se decidió por huir a caballo por el camino de Calicanto hacia Paispamba y luego a Pasto. Entrego el vestido y me largo, dijo frente al espejito del baño. El cliente era un médico que vivía en El Empedrado por lo que llegar hasta Calicanto sería sencillo. Cobró la suma habitual y, cuando se despidió del cliente, empezó a pensar en el plan de escape y de nuevo en las razones para huir.

Repasó los detalles una y otra vez. Se vio vestido de marinero recalando en Veracruz, Nueva York y Londres. Y volvió a repasar y repasar. Y lo hizo a diario, desde su litera en el batallón Junín a donde llegó después de haber entregado el vestido y vuelto al taller para ponerse a disposición de Ortega, su antiguo discípulo, que lo buscaba por remiso.

El juez militar le ordenó cumplir servicio y le autorizó a llevar consigo la trompeta y los puños.

## ACTO 1 - GALLITO RAMÍREZ



Imagen 2. Carlos Vives y Margarita Rosa de Francisco.

Fuente: Archivo Revista Cromos

En 1986, se transmitió Gallito Ramírez, que a la sazón fue la primera telenovela de que vi conscientemente desde el principio casi hasta el fin, a mis 7 años. En ese momento era costumbre familiar reunirse alrededor del abuelo, siempre sentado en el centro de la sala, a ver la novela de la noche. En la historia, se narran las peripecias de Javier Ramírez, Gallito (Carlos Vives), en su empeño por convertirse en boxeador y sus habituales encuentros con el antagonista, Fercho Durango (Bruno Díaz). Paralelamente, se ve la historia de amor con altibajos entre Gallito y Carmenza Lavallo (Margarita Rosa de Francisco), muchacha de familia adinerada que no veía con buenos ojos la pobreza del pretendiente y su oficio de boxeador.

De esta telenovela no pude ver el episodio final. Justo a la hora de la transmisión, la señal se cayó y no se arregló sino hasta el otro día. Sin embargo, al otro día en el colegio, algunos de mis compañeros estaban comentando cómo había sido el final de Gallito Ramírez que, a pesar de ser un relato ambientado en el Caribe colombiano, fue una telenovela con altísimos índices de sintonía en todo el país. Gracias a su amplia difusión y a la circunstancia de que, a mediados de los 80, la

televisión era el medio masivo de mayor consumo, esta historia empezó a difundirse en espacios extradiegéticos (por fuera de la representación misma), a través de la incorporación de muchos de sus elementos discursivos en las maneras cotidianas de comunicación.

La telenovela es universal en cuanto a los conflictos que presenta, en contraste con sus particularidades sociales. En este sentido, son los personajes de la ficción los que generan identificación con el televidente y no necesariamente el contexto particular donde ocurre la historia, de tal suerte que el consumo cultural televisivo podría entenderse como una forma de identificación social y generacional (Barbero, 1992).

Esta identificación con los personajes y sus dramas se logra gracias a que las inquietudes máximas de nuestras sociedades son muy parecidas entre sí, sin importar el contexto. El amor y su búsqueda; trascender la pobreza o lograr sueños y metas son cosas que buscamos cotidianamente, pero en la narración melodramática encontramos ese espejo donde miramos nuestra propia experiencia. Además, el género de la telenovela incorpora un realismo que permite la cotidianización de la narrativa y el encuentro de la novela con el país. En el caso colombiano, el realismo va cruzado por una tradición satírica-costumbrista, burlando el melodrama para reencontrar al país con la gran diversidad regional (Martín Barbero, 1992).

Gallito Ramírez se emitía a las 8 de la noche y, al día siguiente, los niños de mi curso intercambiábamos impresiones sobre el episodio pasado. Luego, se repartían los roles y tratábamos de emular las peleas de Gallito con Fercho. Había una suerte de premio simbólico para quien pudiera sonar más y mejor costeño. Además, el rol menos apetecido, pero siempre asignado, era el de la niña Mencha, sujeto del deseo de Gallito y que ninguno de los estudiantes del 2C queríamos asumir. Era un colegio regentado por los hermanos maristas y predominantemente masculino, de tal suerte que las expresiones femeninas estaban confinadas al ámbito de las niñas y a ser aplicadas como marca, estigma, sobre conductas inadecuadas para hombrecitos en formación (No llore, parece niña; véalo, bochinero, parece mujer...).

El compañerito que hacía el rol de la Mencha era vapuleado durante días y sometido a un riguroso matoneo. Sin embargo, aunque no se deseara dicho papel, se asumía sin mayores reparos, poniendo todo el histrionismo al alcance de un niño para copiar las escenas de la telenovela. Otra cosa era ser sorprendidos por las autoridades del colegio mientras nos dábamos en las ñatas y cortejábamos a un compañero ataviado con el trapeador del cuarto de los chécheres a manera de peluca y las medias enroscadas en el pecho para lucir puchecas. Había castigo porque los

hombrecitos no se deben mariconear. Lo de las peleas, en cambio, era visto con mejores ojos.

En la tabla 1 se consigna una caracterización general de la telenovela y se anotan algunos hitos contextuales en mi línea de tiempo.

Tabla No 1

<p>Título: Gallito Ramírez  Año de emisión / canal: 1986-1987 – Cadena Uno (diaria)  # Capítulos: 139  Argumento: David Sánchez Juliao  Liberto: Marta Bossio de Martínez  Dirección: Julio César Luna</p>		
Sinopsis	<p>Javier Ramírez, Gallito, sueña con ser campeón de boxeo. Para ello debe enfrentar la envidia de su rival, Fercho Durango, y los obstáculos propios del deporte gracias a su entrenador, Cigarrito Páez. Al mismo tiempo, se enamora de Carmenza Lavalle, La Niña Mencha, quien pertenece a una familia acomodada, por lo que Gallito debe hacer doble frente: luchar contra el deseo de su amada de que no boxee y por la aceptación de la familia de ella.</p>	
Personajes	Perfiles	Roles (estructura narrativa del melodrama)
Gallito	<p>Físico: hombre joven, atlético, blanco-mestizo, de cabello castaño y voz suave, acento costeño.</p>	<p>Protagonista.</p> <p>Ocupa el lugar de Justiciero que, en el melodrama es quien protege a la Víctima de las desventuras. Es el joven caballero con cualidades heroicas.</p>
	<p>Sicológico: encarna al hombre pobre e ingenuo, que asume con claridad su subordinación social al doctor Lavalle, médico acaudalado, protector de las gentes del pueblo y padre de Carmenza.</p>	
Fercho Durango	<p>Físico: hombre joven, mulato, de pelo afro, voz gruesa y tosca, acento costeño.</p>	<p>Antagonista</p> <p>Traidor. Su función es la de envidiar al Justiciero y seducir a la Víctima. Fercho no está conforme con lo que tiene y siempre quiere lo que tiene Gallito, hasta que al final se reconcilian</p>
	<p>Sicológico: representa la envidia y el resentimiento, valiéndose de su lugar como hijo del inspector de policía para irrumpir en la vida y los planes de Gallito, haciéndole la contra, inclusive con trampas.</p>	
Carmenza Lavalle	<p>Físico: mujer joven, blanca, delgada, ojos claros, mejillas al rubor, estatura mediana.</p>	<p>Protagonista</p> <p>Víctima. Ocupa el lugar de debilidad, fragilidad y oposición al destino manifiesto de Gallito de ser boxeador</p>
	<p>Sicológico: es la hija consentida de una familia adinerada, gracias a la fortuna del doctor Lavalle. Es caprichosa y altanera, pero a la vez dulce y de buen trato hacia los demás. Aunque quiere a Gallito, se opone a sus deseos de ser boxeador.</p>	



<p>Contexto (ubicación en mi línea de tiempo biográfica)</p>	<ul style="list-style-type: none"> <li>• Se emitió por primera vez el 11 de agosto de 1986 por la Cadena Uno.</li> <li>• Mundial de fútbol en México.</li> <li>• Álvaro Fayad, comandante del M-19, cae abatido por la policía en Bogotá.</li> <li>• Se posesiona el presidente Virgilio Barco Vargas quien derrotó en las urnas a Álvaro Gómez Hurtado y Luis Carlos Galán</li> <li>• Vista del papa Juan Pablo II</li> <li>• América de Cali pierde su segunda Copa Libertadores consecutiva, esta vez frente a River Plate</li> <li>• Lucho Herrera gana la vuelta a Colombia.</li> <li>• Asesinato de Guillermo Cano, director de El Espectador.</li> <li>• El alcalde de Popayán es Rodrigo Cerón Valencia. Del colegio nos llevan a conocer su despacho.</li> <li>• El gobernador del Cauca es el coronel Víctor Gómez Gómez</li> <li>• Renuncia de mi padre a su trabajo en el Banco del Estado y partida suya hacia Medellín.</li> <li>• Mamá es trasladada del Laboratorio Clínico a Sala Partos como auxiliar de cirugía en el Hospital Universitario San José.</li> <li>• Cumpleaños #7 (27 de junio).</li> <li>• Ingreso a segundo de primaria (septiembre), en el colegio Champagnat, regentado por los hermanos maristas.</li> <li>• Leo mi primer libro de forma autónoma, “Platero y yo”</li> <li>• Mi hermana cumple 4 años (30 de agosto)</li> <li>• Vemos por televisión la explosión del transbordador espacial Challenger.</li> <li>• El abuelo Manuel nos recibe en su casa tras la separación de mis padres un año antes.</li> </ul>
--	---

Tabla 1. Caracterización general de Gallito Ramírez

Fuente: elaboración propia

## **Pecado original**

Acúsome, padre, de haber faltado al sacramento de la confesión casi desde el momento en que recibí el permiso espiritual para depositar mis faltas en vuestros oídos, conectados en directo con la gracia divina. Después de la primera comunión me confesé dos veces más y listo.

Este mamotreto tiene la finalidad de desatrasar el cuaderno. En aquellos días, justo al final de la infancia, todos los pecados son veniales, meras infracciones a los manuales de etiqueta. Tras el cursillo obligatorio que nos preparaba para recibir el sagrado viático, teníamos que hacer fila para ser escuchados en confesión por el padre Fernando, capellán del colegio. Yo no sabía qué confesar. Me daba pena llegar donde el padre y no tener algún pecado intercambiable por penitencia. Sin embargo, llegó mi turno y confesé mis dos grandes fechorías hasta ese momento. Ayer, padre, le robé dos tajadas del almuerzo a mi mamá. Las estaba fritando, sonó el teléfono y aproveché el descuido para hacerme al botín. Además, en la tarde le jalé las trenzas a mi hermana porque había cogido mi Topo Gigio de caucho sin permiso.

Después, ese mismo año, tuve que confesarme en dos ocasiones y en ambas acudí a similares pecados. Nunca más he vuelto, aunque sí comulgué con frecuencia hasta muy entrada mi primera adultez. Esto me convierte, entonces, en un hereje que gozó con la anarquía del dogma al saltarse un sacramento que es requisito ineludible del otro.

Por eso no practico. Abandoné la ciudadanía celestial a los veinte años y no me pesa, aunque me siga conmoviendo la cantinela de las voces beatas cuando entonan maquinalmente las fórmulas del rosario. La religión de mis mayores es hoy para mí un compromiso de etiqueta cuando algo grande pasa. Una muerte, un matrimonio, el siglo cumplido de los próceres de la familia.

Aquí consigno, para que conste, que la pelea mía con la Santa Madre Iglesia, Católica de nombre, Apostólica de apellido y Romana de origen es por la imposibilidad de su dogma para propiciar la libertad. Bajo el cielo regentado por el Vaticano nací culpable y debería seguir así hasta la muerte. Todo es culpa, pecado, ya sea de obra, pensamiento, palabra u omisión. Así no se vive bien. El alma se retuerce constantemente mientras vive preguntándose si el siguiente paso conducirá al infierno. Bueno, la única libertad posible es la muerte y ahí sí, qué pena, no quiero averiguar ahora mismo qué tan cierto o sabroso será ese estar eterno en el cielo.

Mi problema no es de fe. El problema del dogma sí lo es. Es un problema de mala fe, mala leche constante y eterna.

En las toldas de San Pedro nacemos malos. Tenemos la culpa de algo incierto que hicieron los primeros y nos lo transfundieron en herencia perpetua. No creo que un niño sea culpable de nada distinto a lo que aprende de los mayores. Así de simple. Un católico es una especie de *K* –véase El Proceso de Kafka-, culpable desde siempre y para siempre de algo que nadie es capaz de explicarle a ciencia cierta. Entonces no hay posibilidades reales de salvación porque aquel pecado original es imborrable. Además, los otros pecados tienen que ver con la propia naturaleza humana. Tenemos para nosotros nuestro cuerpo como primer y último territorio propio, y gozar de él es el máximo pecado.

La confesión. Uno de los siete sacramentos y, tal vez, el más vilipendiado por los no creyentes. Siendo práctico, me parece que contarle las cuitas al cura es un procedimiento que alivia la carga moral de ser pecador constante. Es una buena forma de terapia por lo secreta y barata. Lo malo es lo que pueda suceder del confesionario para adentro. El curita es humano y como tal puede ser presa de furtivas calenturas al escuchar confesiones de adulterios o muchachitos pajizos.

Acúsome, padre, de haber aprendido en la casa a no confiar en extraños. No es nada personal, pero no le voy a contar mis más oscuros pensamientos a un desconocido. Para eso tengo amigos. Y son ellos los destinatarios de mis quejas y reclamos. Ellos y todos los afectados por mis aciertos y errores tienen la autoridad de absolverme.

Ya no soy el niño que roba tajadas. Mi hermana creció y se defiende muy bien sola. La culpa aparece de vez en cuando, sobre todo, si examino lo que hice pudiendo hacerlo mejor. Esa es la única forma plausible que le veo a la culpa: esa espinita que se clava muy adentro cuando no se actúa en consecuencia con uno mismo.

Acúsome, padre, de creer con firmeza en que los pecados capitales son los que mueven el mundo. Representan siete rasgos humanos que han sido el motor de la especie desde sus orígenes. ¿No es acaso el amor una forma mutante de la lujuria, la ira y la pereza? La envidia tiene mucho de aquello que llaman instinto de conservación y la gula es la mamá de los otros seis.

Sé que Dios, en su infinito poder, me escucha pronunciar estas blasfemias y es incierto que vaya a absolverme porque ni vos, padre, ni yo sabemos con exactitud cuántas tajadas le ha robado el Señor a su mamá.

## 1.

El San José es un hospital. Era “El hospital” cuando no había más y lo sigue siendo en las rutas de bus. Nací en el San José. Crecí en el San José.

Cuando se habla de hospitales cómo no remitirse al olor para casi todos despreciable. La infancia mía huele a alcohol, sangre, sopa y Anais-Anais –todo en el mismo paquete- porque mi mamá usaba ese perfume y trasegaba los pasillos de luz macilenta del San José. Entonces fui huésped como neonato, paciente, visitante, acompañante, curioso, llorón.

Ese olor, democrático por demás, me trae una sensación de seguridad suprema, de confort y sosiego. Pasé la infancia entre el ajetreo de una sala de urgencias y de partos. Mamá se consagró al buen parir de las mujeres de mi pueblo y yo sentía paz viéndola correr de un lado a otro, pasando a ratos a tocarme un cachete y darme dulcecitos mientras el cambio de turno.

El bolso de mamá hacía palidecer al del gato Félix. Era el único rincón del universo que no olía a ella ni a hospital. Siempre prohibido, salvo contados permisos para buscar algo. Un océano negro que siempre dejaba naufragar una pastilla de menta y el olor a timidez de un colorete mal tapado, mezclándose con el aroma de un cuero no muy costoso, pero siempre limpio.

El bolso y yo éramos colegas de espera. Ni él ni yo íbamos con mamá hasta la sala de partos. Me quedaba en una piecita con greca y radio. El bolso iba a parar al locker hasta el final del turno. Sin embargo, aprendí a vaticinar la llegada de mi mamá escuchando sus pasos.

Las enfermeras, en general, desarrollan una forma peculiar de desplazarse. Suelen apretar las nalgas y apurar el paso muy silenciosamente y sólo se las oye contestar, Sí doctor, No doctor, Voy doctor, mientras levitan por los pasillos. Aprendí a percibir un ligero escobilleo que sonaba justo al arribo de mamá. Las demás me agarraban por sorpresa, pero yo sabía que llegaba ella, la que importaba, por todo lo que ya he dicho y por el Anais-Anais.

Así era cuando estábamos pequeños. Pero es inevitable crecer y las jornadas en el hospital se hicieron cada vez menos frecuentes. Volví cuando Lucía, mi hermana, estuvo reclusa a causa de su diabetes. Luego los dos visitábamos al abuelo Dorancé mientras aguardaba por su nueva cadera. Nos gustaba ver al viejo fuera de los horarios de visita por lo que llegábamos a la portería con la bata de laboratorio del colegio debajo del brazo. Así nos confundían con estudiantes de medicina y

recorríamos el San José a nuestras anchas. Entrábamos a la pieza del abuelo y allí estaban sus 82 años de risas francas. Y mamá. Se volaba por raticos a ver a papito, su suegro.

El San José dejó de ser ese lugar exacto en diciembre del 2005 cuando mamá se jubiló. Volvió a ser “El hospital”, a secas. Y sí, volvimos. Ahora como paciente y acompañante. A mamá la operaron y yo aguardaba en un pasillo siempre con la nariz en alto, esperando en vano encontrar el olor de mi niñez.

## 2.

En el cajón superior izquierdo del escritorio de papá había un montón de hojas rosadas muy delgaditas. Me dejaba meter la mano y sacar varias para que dibujara monigotes en los espacios entre letras mecanografiadas. ¿Qué balance?, preguntaba. Es lo que yo hago en el banco a fin de mes, me respondía. Porque las hojas rosadas decían balance y yo ya sabía leer un poco de corrido.

Mi papá trabajaba en un banco. Nunca lo creí del todo, aunque la casa estuviera empapelada de pruebas. Hasta entonces creía que era marinero, astronauta, el Llanero Solitario, el duende y el profesor Yarumo, todos a la vez. Lo vi sentado en su oficina, con un lápiz en la oreja, haciendo muecas y cuentas, pero ese no era el papá mío. O sí. Mejor dicho, no era el que me gustaba. A lo mejor no lo estaba viendo en movimiento, cortando el césped, disecando arañas o salvándome la vida cuando no podía bajarme del árbol de aguacates.

La vida de los bancos es gris, muy triste, como todo lo que guarda dinero. Todos sus empleados son, mientras hay clientes, muy serios y olorosos a metal, papel moneda ajeno. Ha de ser por eso que se juntan en las noches de jueves y viernes y beben licores y aúllan en los bares para que la seriedad de mierda de sus vidas de mierda no los mate tan rápido.

Mi papá trabajaba en un banco. Yo era muy chico, pero puedo suponer que no era su mejor versión. Puede que suponga mal y que las jornadas en esa cárcel del dinero fueran una auténtica fiesta por el carácter bromista y relajado de papá. No sé, lo mejor de uno a veces suele dejarse en el peor lugar.

O puede que suponga bien.

### 3.

Asumí la muerte como una condición natural humana a los siete años. Era diciembre y, como costumbre de aquellos días, los niños de la casa nos íbamos a temperar las semanas previas a la navidad donde la tía Gloria en Cali. Estábamos a su cuidado hasta las fiestas cuando papá y mamá llegaban en el R12 verde cargados de maletas y regalos.

Fue el 17. La mañana transcurría con la normalidad habitual: ya estábamos bañados, correteábamos por ahí y ya empezaba a oler a frijoles. Entonces sonó el teléfono.

Antes de la telefonía portátil sonaban las campanadas de los aparatos empotrados en las esquinas. Un repiquetear fuerte, insistente, imposible de ignorar. Y en cada casa había uno, a lo sumo, dos: en la sala y en la alcoba principal. Para marcar había que hacer girar el disco metiendo un dedo en el número deseado, repitiendo el procedimiento hasta completar la serie.

A esa edad no se me permitía hacer llamadas, pero sí recibirlas. Mi tía Gloria contestó y luego me dijo que pasara. Al otro lado escuché la voz de mamá que me saludaba apurada. Entonces, sin mediar explicaciones, dijo que mi bisabuela Esther -su abuela paterna- había muerto. No me despedí y colgué el teléfono. De inmediato sentí una desolación tan grande que tuve que ponerme a llorar.

Ella fue mi primera muerta. Sólo la había visto una vez y casi no la tenía presente. Sin embargo, sucumbí a la cuchillada del duelo pues, por vez inicial, pude imaginar la infinita tristeza de mi abuelo al despedirse de su madre. También sentí desamparo y terror porque eso mismo me sucedería a mí el día menos pensado.

Tras unos minutos en silencio volví a jugar con mis muñequitos de Fisher Price.

#### 4.

Mi primera viva fue Lucía. No tengo memoria de gente nacida entre ella y yo, aunque nos separan tres largos años (contados en años-niño, que son larguísimos). El orden de primos en la casa nacidos entre ella y yo es más o menos el siguiente (incluyéndonos): Juan Pablo, Leonardo, Ignacio, Ronald, Ángela, Ilse, Margarita y Lucía. Pero a ellos no los recuerdo sino a partir del nacimiento de mi hermana, un lunes de agosto en 1982.

Lucía nació por la tarde y con otro nombre. Ya venía con ganas de dejarse conocer a través de la barrigota de mamá y de los múltiples obstáculos en su camino: un accidente de carro y una hernia que pusieron a peligrar su llegada a este mundo. Claro que dentro de mamá no era Lucía, ni María, ni nada similar. Tenía el nombre genérico de 'Hermanito', mil veces pronunciado por papá cuando quería explicarme alguna cosa alusiva a la pesada carga que había engordado a mi mami.

Mamá sufría. Sufría y añoraba. Añoraba y trabajaba. De hecho, estuvo de turno en el hospital hasta último momento. Le daban unos calambres espantosos cuando estaba de pie, pero aun así me cargaba a todas partes; de ahí la hernia.

Yo veía. Veía y esperaba porque mi hermanito me traería un regalo cuando naciera.

Mamá estaba acostada en una cama de hospital. Papá me llevó a su lado y me dijo que mirara dentro de una jaulita verde instalada muy cerca. Sobre el cobertor había un reloj de plástico, era el anhelado obsequio. Y debajo se retorció como un gusanito la mínima humanidad de mi ADN coincidente, reencarnado en babas y pucheros. Vi el destello cristalino de unos ojos azules, que el tiempo fue tiñendo de verde, y lo supe en el acto: el hermanito en camino cruzó una esquina y se largó para darle su lugar a Lucía. Y mejor. No sé qué sería de mí si las ecografías hubiesen acertado con el masculino destino de mi primera viva.



## 5.

Mi tío Rodrigo era telegrafista en Piendamó y viajábamos para visitarlo con cierta frecuencia. Siempre en domingo, el abuelo Manuel nos apuraba para poder tomar la flota cerquita del terminal y así no pagar la tarifa hasta Cali.

Piendamó es un pueblo cercano al que siempre me costó llegar, pues al final del trayecto estaba mareado y con ganas de cagar. Sin embargo, el tío nos recibía con su voz estruendosa y sonrisa franca. Su esposa, la tía Esperanza, se armaba de paciencia ante los embates de la recocha inclemente de mi tío que nunca abandonó al niño interior. Creo que de ahí le viene el abrumador cariño por sus sobrinos (una veintena por acá y otros tantos políticos), ahijados y amigos.

Su casa era el puerto feliz de llegada tras amargo viaje en bus intermunicipal. A veces nos íbamos en el verano y jugábamos fútbol y Nintendo, porque el tío es uno de los primeros gamers que conocí.

Y, sobre todo, la voz. A varias cuadras ya se podía sentir la llegada de Rodrigo, hermano mayor de mi mamá, empleado de Telecom (cuando el nombre de esa empresa significaba algo bueno para este país) y jubilado de ahí mismo. Rodrigo, padrino de mi hermana y otros primos, brisa fresca.

Después del telégrafo consagró su vida al buen vivir de los ancianos. Aun hoy redacta sus mensajes en Facebook a la usanza del telegrama: palabras cortas, concisas, casi sin adverbios, como si las cobrarán.

De él tengo mucho porque se preocupó por enseñarme a no dejar ir la luz en la casa o a pintarla sin hacer un desastre. Porque disfruta la vida con una franqueza envidiable. Porque ha sabido ser una luz brillante, un muy buen ejemplo de solidaridad y entrega. Porque cree en Dios y se le nota.

No tuvo hijos. Sin embargo, se encargó de criar una generación entera de cocorotes (apodo familiar), que hoy lo observa y escucha como el patriarca que es.

Al jubilarse se vino para Popayán. Mis intestinos y yo le estamos eternamente agradecidos.

## François Perpignan

El dolor de la sutura, más que físico, es el de la sensación de desamparo más aterradora que pueda haber. A los cinco años corría de regreso al salón de clases cuando sintió el peso del cuerpo de un compañerito malaleche que se abalanzó sobre él y le provocó una brutal caída que acabó con su mentón en el filo de la tarima. Sangre, ardor, todo se veía blanco, zumbido, llanto, dolor, vergüenza, mamá, dónde está mamá. Primera cicatriz.

El ciclo de preescolar cerraba con los niños presentando el examen de admisión a los más distinguidos colegios confesionales de la comarca. Sus padres escogieron para él una educación orientada a la devoción a María Auxiliadora por lo que fue admitido, junto a casi todos los demás renacuajos, en el colegio de los franceses o canadienses o francocanadienses o francamente inclinados al rosario y al rejo. En el kínder habían aprendido las primeras letras, por lo que ahora, en la primaria, no era sino cosa de domar el espíritu.

La cátedra de religión era orientada por François Perpignan, a quien todos llamaban hermano François y saludaban en corito cuando entraba al salón, según sus indicaciones: bon jour, mes petit clochards, ¡Bon jour, frère François! Había nacido en Lyon en 1889 y con 94 años enseñaba el catecismo en primero elemental a los hijos de los salvajes suramericanos. Se unió a la comunidad religiosa tras la primera guerra, después de haber servido como monumental estorbo en la línea Maginot. Primero trasladado a Canadá y luego a México, Guatemala, Ecuador y, por último, acá. Llegó el día de las velitas del 76 para incorporarse a la planta docente del colegio misionero de su cofradía. Dicen que no se bañaba desde que fue estafeta en la guerra.

Después de la caída y la sutura en las cumbambas, la vida le fue muy normal. Se caía con la frecuencia habitual de un niño de su edad, con consecuencias estándar: rodillas raspadas y rostro arañado de vez en cuando. Ya podía escribir su nombre. Sin embargo, acusaba deficiente desarrollo de la motricidad fina, circunstancia que le provocaba una letra desmesurada e irregular. Tampoco era capaz de escribir sobre las líneas del cuaderno pues empezaba en un punto y terminaba en una diagonal de casi 45° de inclinación. Por lo demás, era un niño feliz que comía tres veces al día y no pasaba frío. Además, tenía juguetes costosos que no compartía con nadie.

El hermano François no quería a los niños. Se quería morir. El hermano François los adoctrinaba como se entrena una jauría de perros. Si hacéis bulla, hay rejo, passe-partout. Y hacía tronar el latiguillo ante los rostros aterrados de las criaturas

engendradas en principales familias de acá, cucarachas miserables manchaditas de la tierra, según el hermano François, en todo caso. No escuchaba razones ni motivos; era casi sordo. Si hacéis tachones, hay rejo, passe-partout.

Caramba, pensaría años después, este profesor tenía un espíritu bastante nazi. Le parecía paradójico que siendo francés (archiconocida es la inveterada cobardía francesa), soltara tal violencia germana. Segunda cicatriz. El hermano François lo vio un día borrando tinta de lapicero con borrador de lápiz. Ante el horrible manchón en su cuaderno, lo agarró por la nuca y lo llevó al frente del salón. Poned las manitas así, y le indicaba una pose de manicura. Tres latigazos y piensa en lo que habéis hecho. El dedo anular izquierdo se rajó y sangró. Sutura de nuevo. Mamá no creyó la historia del monje cruel y se inclinó por la versión institucional: travesuras infantiles a la hora del recreo.

Y no fue la única víctima del sanguinario profesor. Podríamos hacer una lista con todos los nombres y desplegarla desde el edificio más alto, sólo para comprobar que desenrollada toca el asfalto. Tampoco fue la última vez. Durante los primeros años de bachillerato se encargaba de amonestar a los preadolescentes que se dejaban su incipiente bigote, tirando de los pelillos faciales hasta arrancarlos: estaba prohibido usar más pelo del necesario. El último día del hermano Comemierda, como lo apodaban los estudiantes, fue de fiesta y pinta para los humillados durante tanto tiempo.

La cicatriz en el dedo anular le sirvió de recordatorio. Iba por el tercer año de la secundaria cuando vio a Comemierda cruzar la cancha de básquet acompañado del rector. Minutos después los altavoces anunciaban el merecido retiro del pedagogo más ilustre del colegio y a quien Dios y la virgen guarden eternamente. El corazón le dio brincos inusitados y sintió la necesidad de escribir. Arrancó una hoja del cuaderno de religión y, con letra grande y dispareja, puso: "François Perpignan". Acto seguido, sacó el borrador de lápiz, lo ensalivó y borró lo escrito dejando un manchón idéntico al que le costó la cicatriz en el dedo. Luego, en el baño, entró a cagar y se limpió el culo con la hoja manchada.

Al hermano François lo jubilaron. Lo llevaron con dificultad a su tierra natal donde murió una mañana mientras intentaba bajarse de una bicicleta. La noticia llegó al colegio y, desde entonces, se organizan excursiones anuales de estudiantes para ir a escupir y hacerse la paja frente a la tumba de François Perpignan, Comemierda, el hermano François.

## ACTO 2 - AMAR Y VIVIR



Imagen 3. Luis Eduardo Motta (Joaquín) y María Fernanda Martínez (Irene)  
Fuente: Telenovelas Colombianas: grandes historias, grandes personajes

En 1988 se transmite *Amar y Vivir*, telenovela escrita por Germán Escallón y protagonizada por Luis Eduardo Motta y María Fernanda Martínez en la que por primera vez fue posible ver a los que tradicionalmente considerábamos como los “malos”, o sea los mafiosos, en roles protagónicos. La historia es la de un joven campesino que, después de terminar su servicio militar regresa a casa de su madre en una zona rural, pero se encuentra con que la madre ha muerto y la finquita que tenía ha sido despojada por un gamonal. Él debe trasladarse hasta Bogotá y empezará a rebuscarse la vida hasta que encuentra trabajo en un taller de mecánica y conoce a una muchacha que vende frutas y verduras en la plaza de mercado de La Perseverancia. Se enamoran, se casan y él se la lleva a vivir a un inquilinato, mientras empieza a escalar posiciones dentro del taller mecánico que es simplemente una fachada para operaciones criminales de gran envergadura, convirtiéndose en el líder de una de una peligrosa banda. Paralelamente, su esposa sueña con ser cantante y durante toda la historia está intentando aprender y ser descubierta para triunfar. Al final los vemos a los dos: a ella triunfando en el festival de la OTI, ganando el festival, y a él huyendo mientras ve el triunfo de su amada en el escaparate de un almacén de electrodomésticos donde es baleado por la policía.

Con mis 9 años, los juegos usuales con los compañeros del colegio y mis primos y primas, consistían en poner en escena el más reciente episodio de *Amar y Vivir*. Entonces, nos repartíamos los roles y jugábamos a ser jaladores de carros y a perseguirnos con pistolas de papel. Lo importante era escoger un bando y, entre más maloso, mejor. La jerga empleada por los personajes de la novela significó empezar a utilizar muletillas y entonaciones que se fueron convirtiendo en parte de nuestro argot. El soldadito, El Chacho y Cuéllar, tres personajes centrales, se saludaban en clave chocando sus manos de forma peculiar; copiamos ese saludo y durante meses así comenzábamos nuestros encuentros.

Ahora, la escala de valores invertida proporciona un vibrante retrato del momento que atravesaba la sociedad colombiana. Lo más crudo de la guerra entre carteles de la droga (Cali y Medellín), se desató con furia mientras el narcotráfico acababa por cooptar todas las esferas de la vida nacional: desde las instituciones hasta los relatos escenificados en la televisión. Avanzaba con gran velocidad el exterminio de la Unión Patriótica y se empezaba a vislumbrar el fin del orden constitucional del momento.

*Amar y Vivir* podría considerarse como un antecedente de lo que más adelante se denominaría “Narconovela”, con la diferencia de que, en esta última, el punto de enunciación se invierte completamente y la escala de valores, también. Entonces, se glorifica la vida del traqueto y se compulsaba abiertamente la idea de que el progreso está en la salida ilegal. En *Amar y Vivir*, aún se conserva la idea de que los ‘malos’ merecen un castigo por sus actos, por lo que su ruptura con el canon melodramático consiste solo en la interpolación de los roles protagónicos (tienen mayor importancia y más tiempo al aire, los malos). Es así como Joaquín es despreciado por su amada, Irene, al ella enterarse de su vida ilícita y la historia concluye de manera traumática: él no puede volver a su lado porque acaba siendo abatido por las autoridades. La moraleja es transparente...

Este momento de la historia del país se corresponde con los estertores del Estado confesional impulsado por la moribunda constitución de 1886, donde la prioridad fue el impulso de una identidad nacional congregada alrededor de elementos como la lengua (español), la raza y la religión (católica). Así crecimos quienes, como yo, nacidos a finales de los 70, teníamos en la novela de las 8 la cita más puntual de todos los días de la infancia.

Crecimos viendo hombres de bigotes, pelo en pecho, pistoleros, misteriosos o pegadores como modelo a imitar en juegos infantiles, primero, y en rasgos de conducta habitual, después. De cierto modo, así eran nuestros padres, abuelos y

tíos. Por lo que la práctica social de la telenovela (de consumir la telenovela), implica una forma de ritual: “en cualquier circunstancia y a la hora que sea, la novela mantiene su ceremonia cotidiana, su condición de ritual y como todos los rituales, requiere algunas circunstancias más o menos estables” (Absatz, 1995: 78). La ceremonia mayor es la cita con el relato mismo. La vida cotidiana se empieza a organizar entonces a partir de muchas citas rituales donde los grupos seleccionan y fijan los significados de sus vidas.

En la tabla 2 se consigna una caracterización general de la telenovela y se anotan algunos hitos contextuales en mi línea de tiempo.

Tabla no 2

<p>Título: Amar y vivir  Año de emisión / canal: 1988, 1989 – Cadena Uno (semanal)  # Capítulos: 72  Argumento y guion: Germán Escallón y Carlos Duplat  Dirección: Carlos Duplat</p>		
Sinopsis	<p>Historia de amor a prueba de muchas dificultades, donde Irene sueña con ser cantante, mientras vive de ayudar a sus padres vendiendo frutas y verduras en la plaza de mercado. Conoce a Joaquín, quien viene del campo y acaba de salir del servicio militar, pero ha perdido su tierra al ser usurpada por un gamonal, por lo que decide viajar a la capital. Allí comienza su carrera como mecánico y luego se involucra en actividades de robo de autopartes, escalando rápidamente en la organización criminal. Irene lo abandona estando embarazada mientras sigue luchando por ser cantante y él se convierte en una pieza crucial del entramado criminal que lo ha envuelto.</p>	
Personajes	Perfiles	Roles (estructura narrativa del melodrama)
Joaquín Herrera	Físico: hombre joven, mestizo, de estatura mediana y contextura delgada.	<p>Protagonista.</p> <p>Justiciero y Traidor. Su rol heroico se transforma en antagonista cuando invierte los valores y empieza a dedicarse a la criminalidad. Irene lo rechaza por este motivo y deja de ser su auxiliador.</p>
	Sicológico: acaba de prestar servicio militar, campesino desarraigado que llega con hambre a Bogotá. Es noble y ambicioso, además de muy hábil con la mecánica automotriz	
Irene Romero	Físico: mujer joven, mestiza, de estatura mediana y contextura delgada.	<p>Protagonista</p> <p>Víctima. Está en un dilema porque el amor de su vida, Joaquín, es perseguido por las autoridades a causa de su pertenencia a una peligrosa banda criminal y, a la vez, no desiste de ser reconocida como cantante.</p>
	Sicológico: de origen popular, ayuda a sus padres en la venta de frutas y verduras. Aspira a ser cantante de éxito y se enamora de Joaquín con quien muy pronto se casa.	
Otilia	Físico: mujer joven y rubia. Contextura gruesa y talla mediana	Aliada

	Sicológico: es amiga de Irene y su principal apoyo y cómplice	Bobo. Este arquetipo es el aliado simpático de la Víctima o heroína. La Boba, en este caso, representa la liviandad del discurso humorístico para no competir con la carga dramática de Irene.
El Chacho	Físico: hombre joven, de pelo largo y negro. Talla alta y contextura delgada. Desaliñado en el vestir	Aliado y Obstáculo
	Sicológico: un tipo de la calle acostumbrado a los rigores del hampa, pero muy cercano a Joaquín con quien entabla una relación estrecha de amistad.	Bobo. Es aliado de Joaquín y Obstáculo para Irene. Su interacción con Joaquín incorpora jerga propia que rápidamente se instala como elemento distintivo y jocoso de este personaje.
Luis Etlío Cuéllar	Físico: hombre, mestizo y de mediana edad. Contextura gruesa y talla pequeña. Tiene tics faciales, cicatrices y voz ronca.	Obstáculo y Aliado
	Sicológico: mira con sospecha a Joaquín y desconfía de él. Es un tipo cauto y taimado.	Bobo y Traidor. A pesar de su desconfianza, es aliado de Joaquín y a la vez su rival dentro de la estructura criminal.
Contexto (ubicación en mi línea de tiempo biográfica)	<ul style="list-style-type: none"> <li>• Emitida por primera vez en agosto de 1988 los viernes a las 8:30 p.m. por la Cadena Uno</li> <li>• Juegos Olímpicos en Seúl.</li> <li>• Se desata la guerra entre carteles (Cali y Medellín), tras el atentado perpetrado por Pacho Herrera contra el edificio Mónaco, residencia de Pablo Escobar y su familia.</li> <li>• Secuestro de Álvaro Gómez Hurtado a manos del M-19</li> <li>• Masacre de Segovia, Antioquia</li> <li>• Millonarios se corona campeón del torneo colombiano de fútbol.</li> <li>• Lucho Herrera gana la vuelta a Colombia.</li> <li>• Secuestro y asesinato del procurador Carlos Mauro Hoyos</li> <li>• Secuestro de Andrés Pastrana, siendo candidato a la alcaldía de Bogotá</li> <li>• Primeras elecciones populares de alcaldes en Colombia.</li> <li>• El alcalde Popayán es Sebastián Silva Iragorri.</li> <li>• El gobernador del Cauca es César Negret (por decreto)</li> <li>• Cambio de colegio. Paso del Champagnat al San Francisco para iniciar 4° de primaria. La jornada es vespertina.</li> <li>• Uso gafas por primera vez, recetadas por mi tío Edgar.</li> <li>• Cumpleaños #9</li> <li>• Mi hermana, Lucía, comienza la primaria en colegio de monjas.</li> <li>• Empieza la preparación para mi primera comunión.</li> <li>• El abuelo Manuel clausura el taller de sastrería a causa del deterioro de su espalda. A partir de este momento, la máquina de coser, la mesa de corte y el burro de planchado pasan a ser objetos decorativos de la casa.</li> </ul>	

Tabla 2. Caracterización general de Amar y Vivir  
Fuente: elaboración propia

6.



Imagen 4. Manuel María Idrobo Varona, mi abuelo materno, en cuclillas con el trombón en la mano y fumando. Está en un ensayo de la Jazz Popayán.

*“Donde sigan fregando,  
los pongo es a bailar como  
bimbo en lata caliente...”  
(Manuel Idrobo Varona)*

A la única persona que he visto en el tránsito entre la vida y la muerte es a mi abuelo materno. Era un hombre grande, no solo por lo viejo sino por su estatura descomunal, derechito (nada de joroba) y con todo su cabello. Había nacido en el año 14 y en el 70 se jubiló del ejército con todo y medalla. Había sido sastre y vivido de tocar la trompeta. Había criado a ocho hijos y, por lo menos, a dos nietos (los que vivimos con él, porque tuvo como veinte).

Yo lo conocí ya viejito y sin dientes, pero con una sonrisa oportuna o un regaño tonificante del espíritu indomable de los niños agitados. Fui testigo del ocaso del hombre liberal que capoteó la pobreza con música y fue feliz en su rutina de lecturas matutinas y tintico y cigarrillo de las 3:00 p.m., hasta que se lo prohibió el médico un poco antes de su muerte.

De eso ya van a ser 25 años. Andaba estrenando mi mayoría de edad, luciendo la cédula de ciudadanía para poder comprar cigarrillos sin remordimientos, cuando el



viejo se puso mal. Al principio, se sospechó de una hepatitis que lo marginaría por algunas semanas, pero la cosa era más seria: cáncer de páncreas.

Tan grave sería, que no tuvimos tiempo de hacernos a la idea y, lo que fue mejor para todos, tampoco tuvo el chance macabro de agonizar lentamente. Su cuerpo se fue apagando con velocidad pasmosa y al cabo de cinco semanas ya estaba postrado en su cama, instalada ahora en el primer piso para hacer todo más simple.

En esos días estaba convencido de que el mundo es para los jóvenes y, llegado el momento, es mejor morir dignamente sin sufrir demasiado. Por eso me fui alejando de mi abuelo. Casi no paraba en la casa con la firme intención de no toparme con accesorios hospitalarios y frascos de alcohol. El cuidado del enfermo estuvo a cargo de sus hijas, principalmente de mi madre, quien veía cómo se le iba la piedra angular de su vida, el único ser en el universo que creyó en ella y la cuidó hasta el final.

Fueron casi dos meses ausentes, callados. Se impuso una rutina de silencio y guardias nocturnas hasta esa madrugada del 16 octubre de 1997 en que me vi desvelado por los ruidos que hacía el viejo desde su lecho de enfermo. Me levanté, muy a mi pesar, y encontré a mamá dormida sosteniendo la mano de su padre. Abuelito estaba conectado a la morfina, pero aun así tenía los ojos abiertos y la mirada fija en algo a sus pies. Parecía querer hablarle al vacío y fue entonces cuando alcanzó un rosario de cosas inentendibles.

Y fueron sus últimas palabras. Tomó mucho aire y lo exhaló de un solo tirón. Después, abrió la boca y se quedó así, muy quieto, muy tieso y muy majo como siempre, porque el abuelo era recio y muy apuesto, inclusive para morirse.

## **Instrucciones para fumarse a Queen**

A pesar de ser payanés 'raizal' y de no dominar lenguas extranjeras, me siento profundamente atraído hacia la música anglosajona, en especial, la de los Beatles y Queen. El primer contacto con Lennon y McCartney me ocurrió por casualidad, un día de agosto del 94, a través de un casete que me grabó un amigo.

Luego, juntando la mesada que me proporcionaban para el recreo (\$200 en esos días), compre un LP de Queen exhibido en la vitrina de 'Eco Musical'. El disco estaba sin desempacar de su bolsita sellada, pero en mi casa no había tornamesa. Para escucharlo era necesario ir donde el amigo que me grabó el casete de los Beatles.

Así me aproximé al rock por primera vez. Entonces vino el grado del colegio y la inevitable separación del amigo, quien quiso ser médico mientras yo me extraviaba entre las faldas de la física, siempre coqueta y veleidosa. Como era de esperarse, me quedé sin tocadiscos. Ya en esos momentos era complicado encontrar un equipo de sonido de los viejos porque el CD venía ganando la carrera. Al principio era posible comprarlos, pero fueron aumentando su valor de forma tan acelerada que la solución era pedir el compacto prestado y grabarlo en casete.

El dispositivo portátil más pequeño conocido hasta entonces era el walkman, por lo que tener muchos casetes era motivo de orgullo. Uno presumía ante los amigos su imponente colección de cintas y, lo mejor de todo, era que siempre había una a la mano para probar lo dicho. Además, era posible crear las más emotivas combinaciones musicales en un solo carrete de una hora. La mayoría de los discos de los Beatles duran menos de treinta minutos, entonces, grababa todo un álbum por un lado y, por el otro, rellenaba con mi otra pasión: la música tropical que los del interior manoseamos para bailarla en diciembre.

Mientras tanto, el 'Long Play' de Queen se llenaba de polvo en el altillo de la casa materna. Total, me habían prestado el compacto y yo, por supuesto, hice la inevitable copia magnética.

A la vuelta de dos años me había convertido, de un simple entusiasta, en un coleccionista feroz de todo lo que tuviese que ver con los inicios del rock. Pero un coleccionista a medias, pobre, pirata. Los únicos discos originales que aún conservo son los de los Beatles (el relato de los trabajos que tuve que pasar para conseguirlos hacen parte de otra historia).

A Queen le tocó ser la amante caprichosa que figura esconder, o el hijo intermedio que hereda los pantalones de los hermanos mayores. El último inventario me sorprendió con que tenía 722 casetes, de los cuales, 29 eran de Queen. Aclaro que ninguno era original. Eran de esos casetes Sony color anaranjado o los TDK transparentes. Cuando la ocasión lo merecía había cintas cromadas, por lo general, para grabar jazz o cosas muy viejas.

\*

Habían pasado dos años desde que compré el LP que no podía escuchar. También coincidió con el segundo aniversario de mi tabaquismo. Y lo menciono porque en casa todos eran enemigos del cigarrillo, y para mí representó una verdadera proeza poder ocultar mi afición por el 'Lucky Strike' durante tanto tiempo. Pero las mamás siempre tendrán algo de brujas, mártires y detectives. Me sorprendieron fumando en la terraza y me condenaron a vivir sin el suministro diario de dinero extra (sólo me darían para el bus).

De inmediato recurrí a la caridad de los amigos, pero cuando se cansaron de darme puchos, tuve que empezar a negociar cosas. Lo primero que vendí fue la bata de laboratorio y los libros sobre ovnis que papá dejó antes de partir.

A veces, algún compañero interesado por la vida en otros planetas se apiadaba de mí y compraba algún volumen de Charles Berlitz. Pero por lo general, me iba por el colegio Ulloa y le dejaba los libros al señor de 'Atlas' quien, con una sonrisa amabilísima, los compraba a precio de chiste flojo.

Después de cada venta, tenía en los bolsillos dinero suficiente para un cartón de Lucky (que luego tuve que reemplazar por Imperial y Boston) y varios casetes en blanco. Hasta ese momento me negaba a vender los discos. Sin embargo, la biblioteca se extinguió convertida en humo y mamá empezaba a extrañar las porcelanas de payasitos que esperaba poner en la sala algún día.

Durante año y medio cometí el mismo delito de menor cuantía sacándome pequeñas chucherías de la casa para negociarlas, pero, a pesar del materialismo dialéctico, empecé a sentirme culpable y a soñar con que me iba directo al infierno. Por eso, me levanté una mañana con ganas de fumar y como no tenía cigarrillos, bajé los LP's, los metí en una bolsa plástica y salí rumbo a la librería de usados donde también compran discos.

Sería la última vez que vendería algo ajeno. Llegué donde el señor de sonrisa amable; saqué el paquete y desfilaron Leo Dan, Claudia de Colombia, Fausto, Julio

Iglesias, Los Graduados, Roberto Carlos, el trío Morales Pino, Jimmy Salcedo, Aries Vigot, los Visconti, Banco del Estado (colección especial de música estilizada), Goodyear (bailables de siempre), la abeja Maya, los Pitufos, Pacheco y Queen (The Game, 1980)

No sé cómo, pero entre los discos de mamá estaba el de Queen y el corazón me dio una patada en el pecho, y no tuve valor para quitárselo al hombre que lo manoseaba mientras me daba \$1000 por cada uno.

\*

De la apabullante colección de cintas pasé a la magia comprimida del mp3 con la llegada a la casa del computador. Seguía pidiendo los discos prestados para copiarlos, pero ahora, en digital. Sin embargo, algunos conocidos no renunciaban a conservar el sonido analógico y seguían comprando pastas.

Uno de ellos, frecuentaba toda suerte de mercados de pulgas y librerías de usados en busca de curiosidades musicales. Los discos en vinilo estaban ya en el plano de lo curioso y exótico. Vino a mi casa una tarde para mostrarme lo que según él haría que me fuese de bruces. De una bolsa negra sacó un acetato de carátula gris que decía al frente "Queen, The Game". Me dijo que lo había encontrado en una librería en el centro y que quien se deshizo de él tenía que ser un pelotudo de aquí a Pekín.

Luego de confirmarle que el pelotudo había sido yo, le rogué para que me lo vendiera. Con arrogancia hizo un gesto con los dedos y se marchó, no sin antes restregarme en la cara su bonita adquisición y asegurarme que ni el tiempo ni la distancia lo apartarían de su joya musical. Después de unos meses supe que embarazó a la novia y tuvo que vender los tesoros. Lo que no supe fue dónde los vendió.

\*

Acaban de traer el equipo de sonido con el tocadiscos reparado luego de 15 años sin funcionar. Para probarlo, nada mejor que este álbum de Queen (The Game, 1980) prensado en Colombia con esa leyendita en la carátula que reza "El disco es cultura"

Casi me doy por vencido, pero al fin encontré un negocio en Cali donde venden agujas para un equipo tan viejo. El disco lo compré acá, en una librería de usados que queda por el Ulloa. Me costó 12 veces lo que el librero me dio hace diez años cuando se lo vendí. Pero no importa. Al fin de cuentas hoy puedo escucharlo en mi

propio estudio, al volumen que se me pegue la gana, en compañía del último Lucky Strike que queda en el paquete y que pienso encender ahora mismo.

## **Fragmentos analíticos de libros sin leer**

Frente a mi nariz tengo la obra crítica de Julio Cortázar, atiborrada en un solo tomo espeluznante por lo gordo. A su lado, un ejemplar de El misterio de las catedrales, de Fulcanelli, acaba de sorprenderme una vez más: siempre lo dejo bien ubicado en la biblioteca y siempre aparece junto a los libros que tengo sobre el escritorio y que debo revisar. Sin embargo, nunca lo abro; vuelvo y lo llevo al cuarto contiguo y lo encalabo junto a los demás que lucen bonitos en su estantería hecha a mano por la fina motricidad de mi padre carpintero.

No solo yo ignoro quién es, fue o será Fulcanelli. Unos dicen que sí, que vivió en Francia. Otros que no, que es un seudónimo para un tal Canseliet quien en el prefacio del libro se declara discípulo de Fulcanelli. Hay quien se aventura a identificar al misterioso conde Saint-Germain, personaje fabuloso que me ha llenado de intriga desde los 14 años, cuando leí un artículo sobre sus extrañas apariciones a través de la historia y sus vínculos con toda clase de artes y ciencias ocultas.

En esa primera adolescencia fui presa del coleccionismo de revistas y libros que versaran sobre ovnis, misterios de las pirámides y conjuras masónicas para el control mundial. En algún pasaje de El péndulo de Foucault, Umberto Eco llama a los autores de este tipo, "los diabólicos". Pues bien, me consagré a la lectura de los diabólicos, esperando ver al primer alienígena cruzarse en mi camino.

Pero la fiebre duró hasta que Fulcanelli y sus catedrales aterrizaron en mis manos. Puse el libro en la biblioteca por primera vez y me desentendí del tema. Lo raro fue que, a pesar de ser consciente de haber dejado el libro en el anaquel, empecé a encontrarlo sobre la cama, en el baño, dentro de la mochila. Siempre lo cargo porque siempre aparece.

Como ahora. Quería hablar sobre la obra crítica de Cortázar, que acabo de comprar, pero es que tiene tantas páginas...

\*

En mayo del 2005, durante una corta visita a Bogotá, tuve la agridulce fortuna de entrar a una librería de viejo y comprar una edición bastante bonita de Ulises de James Joyce. El prestigio de la obra la precedía, por lo que me animé a gastar lo último que tenía y caminar el largo trayecto de vuelta a mi hospedaje.

Embalé el libro con sumo cuidado y abordé la flota que me traería de regreso a Popayán, fantaseando de cuando en cuando con lo rico que la iba a pasar al comenzar a leer mi tesoro.

En efecto, llegué a casa y descargué la maleta. Me di un baño con agua hirviendo y salté sobre Ulises como la gastada metáfora del tigre sobre su presa.

Hoy se cumplen 16 años de aquel evento y no he podido pasar de la página 3.

\*

Como resabio calmante me gusta pasar cada tanto por librerías de viejo. Acá, en esta villa famosa por lo culta, solo hay dos y refundidas en rincones atiborrados de abastos, graneros, abarrotes y putas. A veces, el dueño de una saca algunos libros, monta un quiosco y vende lo que puede en el parque del Poeta Soldado, conocido así por la estatua de Julio Arboleda, insigne esclavista y potente guerrero antiabolucionista local.

Una vez, siendo muy niño, le pregunté a mi papá por qué Julio Arboleda era el poeta soldado. Papá, que nunca fue tacaño con sus enormes dotes pedagógicas, me explicó que, como la estatua era metálica y el señor había sido también poeta, la habían soldado allí unos empleados metalúrgicos del municipio. Años después descubrí el embuste de la explicación, además de comprender que las típicas bromas de papá fueron mi escuela para combatir la seriedad, el aburrimiento y la daga para malherir el ego de los idiotas.

Pasé por el parque aquel y el hombre de los libros (es flaco, bigotudo y medio tonto), tenía su negocio ambulante. De inmediato encontré un Breve diccionario de ateísmo, que tan solo por el título fue a parar a mi mochila tras pagar una suma ridícula. Un diccionario de ateísmo soviético, traducido en Cuba y pensado como herramienta para la investigación en la siempre noble rama del ateísmo científico (juro por lo más sagrado, valga la blasfemia, que así reza la contratapa).

Un detalle adicional. Las definiciones, ordenadas de A a Z, contienen los más diversos términos sacros desde, “Amén” hasta “Zacarías”. Interesante paradoja que podría ser motivo de sesudas tesis doctorales en el siempre noble y nunca bien ponderado ateísmo científico.

Vuelvo sobre Ulises porque es, de los libros que hay en mi biblioteca, el más importante. Ahora se verá por qué lo valoro como tal y no se extrañe nadie o alguien (dos modos distintos de decir la misma persona, nadie o alguien, el mismo), de que acabe demostrando todo lo contrario.

Ya mencioné la llegada del libro a mis manos en aquella primavera bogotana (horrendo anacronismo estacional), y quedó insinuada la cuestión de que, transcurridos casi tres lustros, no he pasado de las primeras páginas.

Pues bien, compré el libro por un intenso impulso esnob que me obligaba a presumir un mamotreto de tal envergadura, sabiendo que las recomendaciones de algunos amigos apuntaban a la grandeza de la obra y a la obligatoriedad de leerla. Era mi deber pasear con ese libro bajo el brazo, pues me había convertido en una especie de faro bibliográfico (más bien una linterna de pilas AA), para el círculo cercano de amigos y discípulos. En parte la fama era bien merecida porque hasta esos días yo había leído como enajenado y me traía mis buenas lecturas paralelas que asombraban a más de uno. Recomiéndame algo de suspenso, decía uno. ¿Qué sería bueno leer para empezar a conocer a *Sthendal*?, preguntaba alguien: a *Stenhdal*, respondía yo siempre atento a la broma. Hasta ese punto, *Sthendal* o *Stenhdal* o *Stendhal*, me sonaba a poeta inglés. Pero no, resulta que era francés y recién ahora, el mes pasado, supe que se pronuncia con acento en la última sílaba, [*Stendhál*]. Rojo y negro y La cartuja de Parma, dos excelentes tomos que no he leído.

Porque he leído mucho, ya dije, pero no tanto porque los libros del mundo parecieran infinitos (sé que no lo son) y la biblioteca universal, prefigurada por Borges, es una gigantesca criatura que se reproduce con pasmosa velocidad y engendra, engendra, engendra, engendra tomos como si de respirar se tratara. De modo que Stendhal, no. Víctor Hugo, no. El Infante Don Juan Manuel, menos.

He soñado con aquella criatura. Mis sueños son muy artísticos, para qué negarlo, por lo que la biblioteca general se me revela como un espacio a lo Dalí (por otra parte, no podía ser de otro modo), flotando sobre la costa, intuyo que sería Tolú, mientras se contrae toda ella en espasmos que expulsan millares de libros de todas las índoles. Y yo desde abajo abriendo los brazos para agarrar los que pueda, al mejor estilo de una piñata. Caen los libros expulsados de la matriz flotante y golpean duro mi cabeza y brazos. Despierto cuando me golpea el Pequeño Larousse en color. Entonces pienso en Borges que escribió poco (cuentos más bien breves, poemas a media marcha y ni una novela), pero lo escribió todo. En cada cuento,



como en cada cuerpo según los orientales, está el universo y por eso digo que lo escribió todo. ¿Y no es acaso el mismo ejercicio de cada escritor? Problema resuelto.

Mi respuesta sobre Stendhal, llena de vueltas y sueños, era el aperitivo nada más. ¿Qué es lo que más te gusta de Gabo?, preguntaban. Que fumaba, respondía yo. Porque las cosas hay que decirlas: los escritores no me llaman la atención porque a mí lo que me gusta son las mujeres. De pronto la obra del escritor, sí. De modo que a Gabo siempre le admiré el bigote y el pucho o la voz cadenciosa. A Cortázar le sonaba muy sabroso esa erre enroscada en la garganta, similar al hablado de Alejo Carpentier, como a Bolaño la exótica mezcla de chilenismos e hispanismos en la misma frase.

Pero la charla llegaba al inevitable punto del libro que traía en la mano. ¿Uy, Joyce, qué tal?, preguntaban. Uf, abrumador, respondía yo sin confesar que ni siquiera lo había abierto. Bueno, es una exageración. Sí lo había empezado y logrado llegar tres páginas en el futuro mientras Leopold Bloom se afeita. Escribo estos recuerdos en el futuro mío, no de Ulises (el presente es el futuro del pasado), y voy exactamente en la misma página.

## INTERMEDIO

### Mausoleo

*Carmen Rivera*

No sé si fuera la circunstancia de que éramos parientes por partida doble, que yo te quería un montón impresionante. Siempre tú, solita tú. Tu llegada era motivo de cafecito en leche y de chismes, chistes y recochas con mi abuelo Manuel. Siempre tú, Carmelita, con tu queso de hoja debajo del brazo para honrar aquella costumbre tan nuestra de no llegar de visita con las manos vacías.

Recuerdo al poeta Sábines porque tu soltería fue como la de su tía Chofi, una preñez de mil hijos. Y llegar a tu casa en la Esmeralda. Te hacías la loca y pegabas para la tienda a fiar el pan. No importaba tu patuleca hinchada, siempre llegabas. Siempre, Carmelita. Tía Carmelita. Prima Carmelita. No sé y no me interesa. Tampoco en vida quisimos desenrollar la madeja.



Imagen 5. Carmen Rivera, prima hermana de mi abuela materna e hija no reconocida de uno de mis bisabuelos paternos.

Fuente: archivo personal

## *Manuel Idrobo Rivera*

Es curioso, pero supe de tu existencia cuando te estabas muriendo. Asistí a tu agonía y no supe nada porque era muy chico, porque jugaba y no me importaban las cosas de los grandes. Luego escuché tu voz en unas cintas que alguna tía guarda por ahí. Para ser franco, la memoria indirecta (cuentos y anécdotas) es la culpable de mi versión tuya.

Sin embargo, debo contarte que hace tiempo (no sé cómo, tal vez esculcando en los cajones de mi abuelo), me encontré con varios ejemplares de un periodiquín mimeografiado que editabas en tu empresa. Yo era un mozo todavía, pero ahí, sin querer, sembraste en mí la semilla que hoy germina.

Gracias, tío. Eternamente.

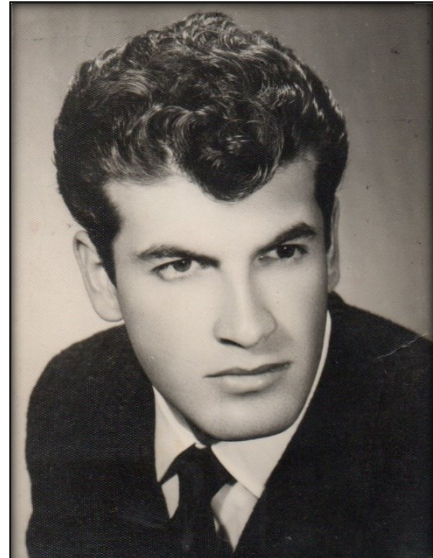


Imagen 6. Manuel Idrobo Rivera, hermano mayor de mi mamá. Murió el 9 de mayo de 1983.

Fuente: archivo personal

*Bárbara Rivera de Idrobo*

Sabés que te conozco en diferido, a través de algunas fotos donde he visto tu redondez y tu abnegación. Y me atrevo a hablarte de vos porque así nos trataríamos si la coincidencia del destino no te hubiese borrado tres años antes de yo nacer.

En todo caso, siempre rondás la casa y las cosas. Te tengo para mí en más de un asunto. Estás conmigo desde antaño en el rostro de tu hija y de la suya y de la suya... En la sopa de arepa, en Fernando Valadés - boleros pendejos que te gustaban y me gustan -. Sos el germen, madre de mi madre. Sos la luz que en la noche aleja los monstruos bajo mi cama.



Imagen 7. Manuel y Barbarita en el matrimonio de su hijo mayor. Ella murió el 31 de agosto de 1976.

Fuente: archivo de la familia Idrobo Blanco

### *Esther Varona*

Contigo tengo el lujo de no buscar entre la maraña de recuerdos de la infancia porque te vi una vez. De aquella tarde guardo el brillo de tus ojos chiquitos, como los míos. Supe, de inmediato, que me habías legado esa mirada entrecerrada, llena de incógnitas y fastidio al sol.

Bautizaron a tu nieta, mi madre, con el nombre bíblico que llevaste a cuestas. Consagro mi camino a rendirte honores siempre que miro hacia el oriente y te veo (como en el relato que me hicieron cuando quise saber más de ti) llegar por el camino de Calicanto cuando tu marido te despreció, tras volver de enterrar a tu madre.

Lloré tu muerte -que supe por teléfono, una mañana de diciembre en el año 86- con una tristeza inmensa, inapagable aún. Fuiste mi primer muerto y serás, por siempre, mi estrella polar.



Imagen 8. Esther Varona Eraso, madre de mi abuelo materno. Murió el 17 de diciembre de 1986.

Fuente: archivo personal

### *Cuica*

Ah, vieja mañosa, te vi parir un montón de veces y hasta recuerdo los nombres de tus hijos: Mirto, Togo, Pepitín, Tilingo y Diana. Venías desde la huerta pegando tus aullidos, por el sendero del lago, donde estaba tu verdadero hogar.

Y así fue siempre. Eras la dueña de la casa.

### *Ricardo Penagos Casas*

Los seres de dura coraza resguardan un espíritu noble. Tu rostro era duro como la corteza de esos robles de los que hablan las canciones. Más de un tango te disfrazó de malevo y muchos temieron el rugido de tu voz poderosa. A mí nunca me asustó. Jamás te tuve miedo, a tal punto, que fui uno de los pocos mortales que pudo compartir tu mesa sin ser víctima de aquella misantropía que construiste a pulso para disfrazar la ternura, la bondad -que para ti eran cosas de débiles-, el apego a

tu casa y tu tierra. Me bastó con verte a ti y a tus perros: complicidad mutua y cariño a toda prueba.

A tu lado, en tu casa, completé parte crucial de mi camino. Abandoné la adolescencia para siempre por lo que digo, con certeza, que fuiste el último de los varios mentores que el destino me otorgó. Y fui niño, consentido y de su casa, hasta el día en que te moriste, tío Ricardo, papá Ricardo. Lo hiciste muy a tu manera, muy en tu ley: aparatosa, lenta y tristemente.

*María Colina Loffner*

Otra vez me impulsa el cariño heredado a través de relatos. Lástima tu sangre alemana que te hizo propensa a la artritis y, de paso, dejárnosla como jugosa herencia.

Qué pena tu muerte con las coyunturas dobladas y tiesas. Recreo la escena con algo de terror reverencial y veo gente quebrándote las extremidades para un mejor acomodo de tu cuerpo en el cajón. Deberían fabricar los ataúdes a medida y en la pose que uno adopte al morir.

Tú, que ya brincaste el charco más grande, que andas entre los muertos adornando este mausoleo familiar en mis papeles nocturnos. Tú habrás de contarme qué pasa en la hora final, qué se siente. Ojalá que duela.

### *Dorancé Ramírez Colina*

Los relatos confluyen en el mismo hecho inevitable: la muerte. Tú, como patriarca de mi lado paterno, ocupaste el trono reclinable y lleno de cojines que la edad y el buen retiro te hicieron merecer.

Te conocí pequeño, aunque en las fotos de juventud lucías alto y rubio. Pequeño, cojito y calvo (contaste con el extraño récord de ser el primer reemplazo de cadera del país). Eras inquieto y devoto de plantar pendejadas en el patio. A lo último, te nos volabas en el campero y sabíamos que eras tú, porque no se alcanzaba a ver al conductor.

De ti heredé una chaqueta de pana y el resabio de guardar el papel regalo para después. En tu sonrisa infantil siempre encontré reposo y complicidad. En tu regazo había muletillas de paisa viejo y un calorcito acogedor, de ese que sólo emanan los abuelos.



Imagen 9. Dorancé Ramírez Colina, mi abuelo paterno, y yo en mi cumpleaños #2. Murió el 9 de mayo de 2004

Fuente: archivo personal.

### *Carmen Casas Castillo*

Mamita, fui el último bisnieto que cargaste. Tengo en mi cuerpo huellas imborrables que son prueba única e incontrovertible de lo descendiente tuyo que soy. Y, paradójicamente, sólo tengo una foto tuya con tu hija, yerno y bisnietos, menos yo que no había nacido.

Sé que los ciclos se cumplen según los misteriosos designios del destino. Pero qué no daría por sentarme a tu lado para oírte recitar el Anarkos de tu primo Guillermo y poder comparar nuestras narices ganchudas.

Mamita, por ti profeso un cariño que sólo se puede sentir entre los que usamos lentes oscuros para que no nos vean los ojos colorados.

## *Lucía Penagos Casas*

Me tomo el atrevimiento de llamarte abuelita porque nadie te decía esas cosas. Todos te llamaron Lucha y, de algún modo, mejor que no me conociste. Habrías pasado los días con los brazos en jarras, haciendo fuerza para que yo hablara bien.

Partiste antes, pero de ti conocí tu calavera que paseaba entre los anaqueles del tío Jaime. Por eso nunca le temí a las osamentas, ni a los piratas.

¿Sabes que una vez me puse tus gafas y vi el mundo grandote y como debajo del agua? Esas mismas ventanas que luces en el retrato que miro cada vez que papá habla de ti.



Imagen 10. Lucía Penagos Casas, mi abuela paterna. Murió el 2 de enero de 1978. Fuente: archivo personal



### ACTO 3 - PECADOS CAPITALES



Imagen 11. Imagen promocional de Pecados Capitales.

Fuente: Caracol TV

Al despuntar los 90, Colombia hace tránsito institucional hacia el reconocimiento de la diversidad de toda índole, con la promulgación de la constitución de 1991. Así mismo, en las telenovelas comienzan a aparecer 'extraños' tipos masculinos que se fundían con los modelos prevalentes. Hombres que emprendían ciertas rutinas hasta ahora atribuidas solo a las mujeres (el cuidado de la piel, el cabello, las uñas, la moda) y hubo que llamarlos metrosexuales. Herederos del cine de gánster, los hombres mafiosos aparecían ahora en los roles heroicos amalgamados con los rasgos aportados desde el fenómeno social de narcotráfico. La diversidad sexual aun pertenecía al ámbito de lo cómico, por lo que el payaso (el bobo, según la estructura narrativa melodramática), de la telenovela era el homosexual que seguía condenado a los únicos oficios posibles para su tipo: peluquero o modisto. Sin embargo, hubo una apertura discursiva hacia la inclusión de diversas expresiones masculinas sin dejar de separarlas y marcarlas cuando no ajustaban del todo a la enquistada matriz moderna.

De igual manera, el caso colombiano es particular pues se empezaron a producir dramatizados que rompían la estructura melodramática, poniendo como protagonistas a personajes descentrados del deber ser, historias paralelas donde había varias soluciones argumentales y todos los personajes podían ser protagonista y antagonistas.

Es el caso de *Pecados Capitales*, telenovela emitida entre 2002 y 2004, cuando yo iba cumpliendo 23 años. La historia se centraba en un millonario, Evaristo Salinas, que descubre que está gravemente enfermo, por lo que decide convocar a sus parientes (cercanos y lejanos), para distribuir su herencia. Ha diseñado una estrategia que consiste en hacer participar a su familia en una especie de reality show, donde los participantes debían convivir en su mansión para así determinar quién es más idóneo para recibir su fortuna. Los invitados a la casa eran 7, cada uno representando un pecado capital, y cada uno tenía un arco argumental propio que se cruzaba con los otros, pero que podía resolverse individualmente (ver tabla 3). Tal estructura narrativa se deslinda del melodrama en términos arquetípicos, pues no hay una sola historia de amor ni antagonistas definidos ya que todos los personajes pasan por fases de 'bueno' y 'malo'. Sin embargo, la intención moralizadora está presente bajo la premisa de la pugna entre los pecados y las virtudes teologales, encarnados por personajes que llevan al extremo histriónico cada rol (estilización metonímica, propia del melodrama). Así, se humanizan no solo las emociones, sino los preceptos morales y de conducta para aleccionar al espectador a través del discurso humorístico que predomina en esta telenovela.

En este momento, lejos ya de los juegos infantiles, esta telenovela marcó el principio de mi alejamiento de este formato. Fue la última producción que seguí como espectador y, a la vez, marca el comienzo de mi conciencia como escritor. Por un lado, decidí abandonar la Ingeniería Electrónica para comenzar a estudiar Comunicación Social. De otro lado, sabía que tenía algunas facilidades para expresarme a través de la escritura, pero no producía nada que fuera satisfactorio, ni con demasiada frecuencia. Aprendí primero a usar el lenguaje escrito con cierta suficiencia, más por necesidad comunicativa que por pulsión creativa. Siendo tartamudo había pasado mi infancia y adolescencia agazapado tras mis gafas grandotas y acorazado por el silencio. Me comunicaba con bastante fluidez a través de cartas y oficios o haciendo las tareas escolares en el cuaderno. Pero no fue sino hasta que comenzó este siglo, cuando surgieron los primeros relatos escritos sin ningún propósito, pero con total soltura y deseo de seguirlo haciendo. Aún era un lector compulsivo, pero tomé la decisión de evitar obstáculos en mi autoaprendizaje literario, por lo que apagué el televisor.

Como se puede adivinar, mis interacciones sociales eran muy escasas. Ya en la universidad pude ir afinando ciertos asuntos alusivos al 'roce social', sobre todo con las muchachas. Tuve compañeras de estudio, amigos y amigas, que ya no valoraban mi existencia por la torpe forma de hablar, que fue convirtiéndose en una marca que empecé a usar a mi favor. En épocas colegiales hubiese sido impensable. Me desconecté de la telenovela, pero tuve que hacerme consumidor

compulsivo de noticieros y otros formatos televisivos gracias a mi formación como comunicador social.

Con la llegada de los lenguajes transmedia, durante la primera década de este siglo, el género de la telenovela vuelve a afincarse en las mismas estrategias narrativas del melodrama convencional (una historia única de amor con un bueno y un malo claramente definidos), pero parece surtirle un giro hacia lo políticamente correcto, en el sentido de evidenciar las diversidades coexistentes en el país (étnicas, de género, políticas...). Ahora se muestran, se distribuyen en masa, pero quedando compartimentadas en zonas para cada cual. Además, el foco industrial de dicho género se desplaza desde América Latina (las novelas mexicanas, colombianas, brasileras o venezolanas eran las más apetecidas del mundo), hacia Eurasia, con Turquía a la cabeza.

En la tabla 3 se consigna una caracterización general de la telenovela y se anotan algunos hitos contextuales en mi línea de tiempo.

Tabla No. 3

Título: Pecados capitales Año de emisión / canal: 2002-2004, Caracol # Capítulos: 162 Argumento: Miriam de Flórez Guion: Luis Felipe Salamanca y Dago García Dirección: Juan Camilo Pinzón		
Sinopsis		
Personajes principales	Perfiles	Roles (estructura narrativa del melodrama)
Evaristo Salinas / Cándido Flores	Físico: hombre maduro, viejo y de pelo gris. Usa anteojos y ropa de marca cuando es Evaristo. Cándido viste de overol y sombrero.	Protagonista / Antagonista  <i>Traidor y Víctima.</i> Evaristo reúne a su familia bajo el pretexto de que ha muerto. Agazapado en un cuarto secreto de su mansión, es asistido por Caridad, Philipp y Felicia, quienes propician el juego de convivencia para ir descartando a los no merecedores de la herencia.  Se camufla entre sus parientes (que no lo recuerdan salvo su hermana), adoptando el papel de Cándido, el jardinero. Entabla lazos fuertes con algunos y enemistad con otros. Sin embargo, todos se portan muy solidarios cuando el jardinero enferma.
	Sicológico: megalómano e irascible. Es un multimillonario desahuciado que decide jugar a ser dios y manipula los destinos de su familia.	

Doris Salinas	Físico: mujer anciana, blanca mestiza, achacosa.	Protagonista / Antagonista  <i>Traidor y Bobo.</i> Gracias a su edad y quebrantos de salud, Doris pasa por loca ante los ojos de los demás, pero es la única que reconoce a Evaristo y sabe que no ha muerto. Su hijo Amadeo ha vivido siempre con ella y ejerce sobre él una autoridad castradora. Representa la <i>soberbia</i>
	Sicológico: hermana de Evaristo, por lo que proviene de familia acomodada, aunque ella hace tiempo que perdió sus fueros. Vive de la apariencia y es una madre castradora.	
Fabiana Salinas	Físico: mujer joven, blanca, pelirroja y de formas voluptuosas	Protagonista / Antagonista  <i>Víctima y Bobo.</i> Siente atracción por Philipp mientras que él está enamorado de Esperanza, para quien se convierte en obstáculo. Suscita la envidia de las mujeres de la casa y el deseo de los hombres. Representa la <i>lujuria</i> .
	Sicológico: sobrina de Evaristo, diseñadora de modas y empresaria, muy independiente y libre en el ejercicio de la autonomía de su cuerpo.	
Caridad González	Físico: mujer joven, mestiza, delgada	Aliada / Obstáculo  <i>Víctima y Traidor.</i> Es hija del ama de llaves y ha sido entrenada por Evaristo para administrar sus negocios. Ocupa el lugar emocional de la hija que no tuvo. Ama a Philipp y se enfrenta a Esperanza por este motivo. Además, es cómplice del juego, llevado recados y organizando la logística de la casa. Representa la <i>caridad</i> .
	Sicológico: recatada en sus maneras, ama en silencio a Philippe, asiste a Evaristo y es cómplice de su jugarreta ante la familia. Es hija de la vieja ama de llaves.	
Felicia González	Físico: mujer anciana, blanca mestiza y de contextura gruesa.	Aliada  <i>Bobo.</i> Conoce a Evaristo desde la juventud y ha estado a su servicio desde siempre. Es su polo a tierra y consejera. También es querida y aceptada por los parientes que se encierran en la casa durante el año que dura la prueba. Representa la <i>fe</i> .
	Sicológico: es cariñosa con su hija y Evaristo, pero a la vez es recia de carácter para reconvenir al millonario cuando considera que obra de manera desproporcionada o violenta hacia sus familiares.	
Philippe du Pont	Físico: hombre joven, alto, blanco y rubio.	Protagonista / Antagonista  <i>Justiciero y Víctima.</i> Al principio de la historia es hombre rígido que hace cumplir las cláusulas del testamento de Evaristo. Luego, empieza a formar parte del juego tras recomenzar su relación con Esperanza, por lo que debe someterse a las mismas reglas que el resto, pero guardando el secreto de que Evaristo está vivo. Representa la <i>justicia</i>
	Sicológico: es recto y estricto con la legalidad y trabajador incansable.	

Esperanza Salinas	Físico: mujer joven, blanca mestiza, de talla mediana y contextura delgada	Protagonista / Antagonista  <i>Víctima y Traidor.</i> En ocasiones es quien sufre por los constantes acosos hacia Philipp por parte de Fabiana y Caridad. En otras, pone a su enamorado en vilo gracias a los celos. Se le permite llevar a su hijo consigo, por lo que Philipp busca establecer una relación duradera. Representa la <i>inmadurez</i>
	Sicológico: tiene un hijo de Philipp y es sobrina nieta de Evaristo. Es celotípica.	
Gilberto Ramírez, "Profesor Kandú"	Físico: hombre, edad mediana, blanco mestizo, cabello negro, talla mediana.	Aliado  <i>Bobo.</i> Su carácter popular y desenfadado lo hacen repelente para los parientes más encopetados. Su matrimonio con Teresa termina en medio del juego y ella lo abandona. Siempre hace gala de malicia, pero no es más que una fachada para su fuerte sentido gregario y de solidaridad. Representa la <i>magia</i> .
	Sicológico: es mago de fiestas, depresivo y a la vez espontáneo. Está casado con Teresa, sobrina de Evaristo, por lo que no pertenece a la familia.	
Alberto Salinas	Físico: hombre de edad mediana, blanco mestizo, contextura gruesa y talla mediana	Protagonista / Antagonista  <i>Traidor.</i> Aunque es un personaje predominantemente antagónico, sufre el abandono de su esposa, Libia, a causa del maltrato físico y emocional que le proporciona, recibiendo el apoyo del resto de la familia. En ocasiones se alía con el mago Kandú para obtener beneficios dentro de juego. Es quien, al final, gana la herencia del tío. Representa la <i>avaricia</i>
	Sicológico: Sobrino de Evaristo, Hermano de Hortensia y esposo de Libia. Es avaro, calculador e intrigante y de ánimo violento, sobre todo, hacia su esposa.	
Hortensia Salinas	Físico: mujer de edad mediana, blanca mestiza, con graves problemas de visión.	Protagonista / Antagonista  <i>Traidor.</i> Intenta manipular a su hijo Manuel y a su esposo, Aníbal, para que se apiaden de su situación de salud visual. Es enemiga del mago Kandú, su esposa e hija, quien resulta embarazada de Manuel. Esto genera una ruptura muy grande entre estos dos núcleos familiares. Representa la <i>ira</i> .
	Sicológico: es hermana de Alberto. Clasista y racista desde la cuna, explota en ira fruto de sus resentimientos y angustia ante su inminente ceguera.	
Teresa Salinas	Físico: mujer joven, blanca mestiza, contextura delgada y talla alta. Tiene muchas pecas en el rostro.	Aliada / Antagonista  <i>Bobo y Traidor.</i> Al principio es la cómplice de las ocurrencias de su marido, el mago. Con el tiempo va aflorando su resentimiento y envidia por haber crecido y vivir con muchas
	Sicológico: hija ilegítima de un hermano de Evaristo, es la de menor posición social de todo el clan.	

		limitaciones económicas. Abandona al mago y se va de la casa, ocasionando un profundo dolor en Gilberto, quien la añora. Representa la <i>envidia</i> .
Amadeo Salazar Salinas	Físico: hombre de edad mediana, blanco mestizo, calvo y de contextura gruesa.	Protagonista / Antagonista
	Sicológico: es hijo de Doris y siempre ha vivido con ella. Su carácter se hizo retraído años atrás cuando Evaristo prefirió la compañía de su primo y lo rechazó como futuro heredero. Su ansiedad la calma con comida.	<i>Traidor y bobo</i> . Resentido con el tío Evaristo desde su juventud. Tiene una relación edípica con Doris, su madre, quien no le ha permitido madurar emocionalmente. Se enfrenta constantemente con el resto de la familia, sobre todo, con Cándido, el jardinero. Representa la <i>gula</i> .
Aníbal Uribe	Físico: hombre de edad mediana, blanco mestizo, calvo y de contextura gruesa.	Protagonista / Antagonista
	Sicológico: siquiatra y profesor que no tiene trabajo y disfruta de la molicie. Es mantenido por Hortensia y hace de polo a tierra en su relación con Manuel.	<i>Bobo</i> . Es un haragán de buena familia venida a menos. Sin embargo, es capaz de dialogar con su hijo Manuel e interpretar sus emociones. Desde hace mucho que no trabaja y vive con Hortensia de las apariencias. Logra entablar relaciones de cercanía con todos los integrantes del grupo familiar. Representa la <i>pereza</i>
	Sicológico:	
Simón du Pont Salinas	Físico: niño blanco, delgado y rubio	Protagonista
	Sicológico: es hijo de Esperanza y Philipp. Tiene fuerte química con el mago Kandú de quien se hace su asistente.	<i>Víctima</i> . Sus padres se reencuentran en la casa de Evaristo Salinas y puede convivir con ellos normalmente. Asiste en sus espectáculos al mago Kandú quien llega a sentir un afecto especial por Simón. También cumple el papel de mediador entre los desequilibrios de los adultos y la paz obligada por la presencia de un niño. Representa la <i>inocencia</i> .
Contexto (ubicación en mi línea de tiempo biográfica)	<ul style="list-style-type: none"> <li>• Esta telenovela se emitió entre el 12 de noviembre de 2002 y el 26 de marzo de 2004.</li> <li>• Mundial de fútbol en Corea y Japón, ganado por Brasil.</li> <li>• Se cumplen 11 años de la Constitución.</li> <li>• Fracasan los diálogos con las FARC y se clausura la zona de distensión en Caquetá.</li> <li>• Se posesiona Álvaro Uribe Vélez como presidente de Colombia.</li> <li>• El gobernador del Cauca es Floro Alberto Tunubalá Paja</li> <li>• Son alcaldes de Popayán Diego Fernando Duque y Víctor Libardo Ramírez</li> <li>• Asesinato del periodista de La Patria de Manizales, Orlando Sierra Hernández.</li> <li>• Secuestro de Ingrid Betancourt y Clara Rojas por parte de las FARC</li> </ul>	

	<ul style="list-style-type: none"> <li>• Secuestro de los diputados del Valle del Cauca.</li> <li>• Independiente Medellín se corona campeón del torneo apertura del fútbol colombiano</li> <li>• Empiezo mi último semestre de Ingeniería Electrónica en la Universidad del Cauca</li> <li>• Se funda la compañía teatral “El talón de Aquiles”, donde hago algunos papeles y escribo mis primeras dramaturgias.</li> <li>• Cumpleaños #23</li> <li>• Decido no acabar la tesis en Ingeniería Electrónica y paso a estudiar Comunicación Social.</li> <li>• Mi hermana, Lucía, empieza sus estudios de Biología</li> </ul>
--	---

Tabla 3. Caracterización general de Pecados Capitales

Fuente: elaboración propia

## 7.

No es novedad que el mundo entero de un niño sea la biblioteca. Mi caso no es único, pues el refugio habitual de mis primeros años fue aquel lugar (y lo tengo que decir en abstracto) donde reposan los libros. No significa, entonces, una biblioteca en particular porque visité muchas y en casi todas fui bienvenido.

Las etapas de la vida obligan a un sano desprendimiento de la casa materna. El mío empezó demasiado pronto ya que me fui a conocer el mundo. El mundo descrito en la Enciclopedia Británica, por ejemplo, mucho más ancho que las cuatro paredes color durazno de la casa de mi abuelo, donde crecí, donde casi no había libros. Esos pocos volúmenes fueron siendo cada vez más insuficientes.

Antes del abuelo, el guardián de los libros era papá. Su fabulosa biblioteca sucumbió al rigor telúrico y etílico por lo que guardo bonitos recuerdos de aquellos libros, todos juntos, que no leí. Se veían fantásticos ocupando tres de los cuatro muros del estudio. Y fue por esta época cuando se me reveló el camino: debía empezar a leer libros ajenos. Un libro es un objeto raro que tiene para sí patente de propiedad dual: la del autor y el dueño. Es más, la cuestión se triplica si se toma en cuenta al lector –dueño transitorio del libro-. Creo que no hace falta decir que hablo desde la perspectiva del dueño.

La cosa empezó en las cotidianas vacaciones veraniegas en la casa de mi madrina. El primer paseo largo lo di al centro de la tierra con la guía de Julio Verne. Poco después andaba descifrando jeroglíficos impresos en la piedra Rosetta. Anduve por aquella Londres victoriana y paupérrima que Dickens describía largamente en su *Oliver Twist* y aprendí que la venganza es un plato venenoso mientras Edmundo Dantés planeaba su desquite tras la máscara de Montecristo.

Pero las estancias en Cali no eran eternas. Había que ir al colegio, jaula inmundada donde lo único valioso era aquel rincón del segundo piso, lleno de libros muy viejos, donde refugiaba mi total desprecio por los otros. Me encontré con el profeta de las centurias y pude traducir a medias sus apocalípticas visiones. Confieso que Nostradamus no me sorprendió, apenas si me hizo comprender que estaba a punto de reprobarme la clase de francés.

Y así se me fue la primera juventud. Luego estuve en París, acompañando a la Maga y a Oliveira en sus encuentros en Pont des Arts. Conocí el olor de los clochards y la sensación de eterna náusea de una Ciudad Luz que atrofia las narices sudacas y propicia el cinismo y la petulancia del viajero arribista. Sufrí los rigores de la lloradera de los personajes de Kundera en aquella Checoslovaquia socialista que



gustaba a todos menos a ellos (como todo lo local). Aprendí a tocar el tambor de hojalata un poco mejor que Óscar Bronski o Matzerath, aún no se sabe. Viví, por unos días, en el calcinante calor del Caribe mirando incestos y curas pedorros. Y en Lima, conversando en la catedral.

Estos viajes los hice desde el aeropuerto internacional y multidimensional de la biblioteca de Humanidades, acá en la universidad donde ahora trabajo. Y no fueron pocos los líos que tuve en inmigración. Por ejemplo, alguna vez se me quiso impedir el ingreso por mi frecuente consulta de textos literarios. La razón del asno cedulaado que custodiaba la biblioteca era simple, poderosa y acorde a su raquítico espíritu: se me acusaba de conducta inapropiada porque siempre iba a leer poemas, novelas y cuentos, siendo yo estudiante de ingeniería en aquella época.

A partir de ese momento, cuando el burro con acceso al más fino pasto me quiso castigar por leer mucho, comprendí que debía empezar la construcción de mi propio campo de vuelo. Había dedicado media vida a leer libros prestados, a visitar bibliotecas, a esperar que alguien devolviera el tomo deseado.

Pues bien, he venido dedicando lo que me queda a preguntarme por el próximo destino y a despegar con cielo abierto desde este sofá, con este pocillo donde humea el café y con los puchos suficientes. Desde mi biblioteca, por fin mía, que crece y se agota cíclicamente y que será mi único legado.

## Best Seller

*Un nivel más de Candy Crush y de vuelta a la rumiadera. Las esporádicas charlas de cafetería con los colegas escritores devuelven un poco de la esperanza empeñada. Es que son escritores con más vuelo, de varios libros en anaqueles, curtidos en el arte menospreciado del conversatorio y la copita saliendo. Ya quisiéramos tener una o varias características de quienes hoy leen nuestro librito y dan sus clases y nos llaman al corrillo.*

*Nos. Empecemos por decir que nos porque somos varios en un solo cuerpo. Digamos que, recogiendo chanzas de tinto, la clave está en renunciar a escribir un humilde tomito de escasa venta, pero honda reflexión. Hay moldes que se venden en internet para contar historias vendedoras y son los que deberíamos aplicar porque, entre otras cosas, la plata calma los nervios. Por ejemplo:*

*Crónicas de viajes en el tiempo*

\*

Un escritor que jamás ha salido de su pueblo inventa un dispositivo que le permite saltar a las fechas que desee con el fin de registrar lo que ve.

El diseño de la máquina debería apuntalarse en las pistas arrojadas por Stewie Griffin en Family Guy y un poco en la brújula que usaban los viajeros en el tiempo de tal serie de televisión de los ochenta.

El resultado se vería en una serie de libros que narran diversos acontecimientos históricos (pasados o futuros), que resultan inverosímiles por el lujo de detalles que se anotan. El escritor, presa de la locura y el hambre, usa su portal una última vez, quedándose por el resto de sus días en la jornada anterior a la que decidió construir la máquina.

De manera inusitada, los libros empiezan a venderse bien tras dos años de ausencia misteriosa del autor. Se ha consagrado como el más vendedor de la historia, pero sus ganancias son recaudadas por un hermano mayor que siempre lo odió.

\*

Un amigo que fue policía me dice que los mentirosos se detectan por el cúmulo de detalles que incorporan a sus relatos. Es más creíble una descripción vaga del momento, el lugar, el rostro del ladrón, que la rigurosidad en las señas particulares.

Trabajar tanto en esta estúpida máquina. Cómo no pensé en que nadie me iba a creer que Policarpa Salavarrieta tenía un aliento envidiado por un dragón. Los manuales de historia se tragan enteros porque dan fechas probables y listo, lo que está en notarías, seguro que sí.

Estuve con Pedro Infante en ese avión y les puedo asegurar que él sí fue el Enmascarado de Plata, luego de bronce y por último de infarto agudo de miocardio en una soleada playita yucateca. A diferencia de Hitler, muerto el 20 de julio del 44 en el atentado que el mundo creyó frustrado. Todos estuvieron mal cuando lo suicidaron en el búnker unos meses más tarde o lo vieron en Río de Janeiro y Tunja. No era él; era yo que siempre he disfrutado del disfraz.

Muchos dicen que a Juan Pablo I lo mataron apenas un mes después de su coronación. Lo cierto es que amaneció muerto y lo encontró una monjita. Lo cierto es que se suicidó al enterarse de las noticias que yo le llevé desde el futuro mediano, donde se veían miles de niños abusados por su fuero. Lo mató la angustia de verse descubierto. Fue el único que me creyó y, por eso, buen muerto.

Soporté semanas enteras con Bolívar, al lomo de múltiples jamelgos, sólo para constatar el odioso parecido del Libertador a una de mis tías paternas que también tenía patillas y pecueca de patriota.

Descubrí que Homero no era ciego, sino que se hacía el pendejo. Me senté junto a Sócrates que, para mi sorpresa, no era pedófilo; era zoofílico y le encantaban las cabras. Con ellos no hablé porque no domino el griego, como tampoco hablé con Gandhi mientras descubrí que su flacura no era estoica. Era fruto de tremendas bacanales y consumo consuetudinario de hachís.

### *Niguawing*

Tras una noche de juerga, el vetusto estudiante de antropología, Abel Gallardo, se queda dormido en el atrio de Santo Domingo. Cuando despierta, descubre la mordedura de una nigua en sus pies. Con asco, intenta aplicar los remedios caseros usuales en estos casos (alfileres y agujas al rojo, rascarse contra las esquinas, límpido...), pero ninguno funciona. Va notando, con las horas, que el insecto ha inoculado en su cuerpo la capacidad de percibir, a través del olfato, las faltas a la moral y las buenas costumbres de los peatones. Decide entonces salir a la calle camuflado tras unas mallas verdes para adoctrinar a los paseantes que arrojan basura o a los señores que no caminan a la orilla del andén para que su dama vaya

al rincón. Su alias será, *Niguawing*, y su frase de combate, tras tocar el hombro del infractor, “Tenemos que hablar...”.

Con los meses entabla amistad con un muchacho que hace malabares en los semáforos de Campanario. Le invita el almuerzo y le da cigarrillos hasta que el cirquero ambulante descubre la doble vida de su mecenas. Juntos se embarcan en la aventura justiciera, dando origen a la dupla, *Niguawing* y *Ñatoboy*.

Tras varias muertes y resurrecciones, *Niguawing* se retira del mundo de los superhéroes justo el día de su grado de la universidad, exactamente, 23 años después de comenzar la carrera. *Ñatoboy* ha regresado a Argentina y contraído nupcias con su novia de siempre, despejando las dudas sobre su ambigua relación con el antiguo y respetado custodio de la moral payanesa.

### *Estrenos*

Al borde del resumen  
este camino plagado de primeras veces.  
Desvirgadas de antología,  
primer paso.  
Una vez y nada más.  
Es como el acertijo aquel  
de cuántos huevos te puedes comer en ayunas.

Es curioso cómo la autoayuda consiste en que otro te diga lo que debes hacer para ayudarte a ti mismo. Si a definiciones vamos, un libro de autoayuda debería ser un cuaderno con cientos de hojas en blanco, ahora sí, ayúdate a salir de esa cochambre protoburguesa que no te permite ser feliz.

Pero no se trata de darnos gusto. Somos apenas herramientas en el arduo proceso de la cadena del entretenimiento. El gusto hay que dárselo al cliente, análisis de audiencias, sondeo de mercado, público objetivo, rango de edades, letra bien grandota, dibujitos, pestañas animadas, purga de los puntos de giro escabrosos, final feliz y convencional (nada de familias homoparentales), la vaca Lola, la cerda Pepa, pero en inglés que es más comercial.

Prevenir el suicidio, la marihuana y el ron. Letra mediana, castillos, casa en el aire, juventud ya no en éxtasis (más bien en ácido), brujos inofensivos, vampiros metrosexuales. El manual impreso del youtuber para ser youtuber, en vez de hacer un video en Youtube para enseñar a hacer cosas para Youtube. Pero en inglés que, aparte de comercial, aporta el toque chic (años 20), esnob.

Anacronismos deliciosos como el de las calzonarias con cinturón y las gafas de sol por la noche.

Y vivir de las cuñas. ¿Qué son las cuñas? ¿Por qué vivir de ellas? ¿De cuándo a acá se llaman cuñas y no extorsiones? ¿Pagar para mostrar para vender para tragar? Sponsors, en inglés que suena mejor, sin esa eñe tan engorrosa, tan latina. Como la *ch* [ché], letra chabacana (Ah, verdá que ya no es letra). El Plutón degradado del sistema solar alfabético, ya no es letra en sí misma, pero sigue sonando en amantazgo con los Andes y la Sierra Maestra.

Como la *ch* [ché]  
letra chabacana  
(Ah, verdá que ya no es letra)  
Plutón degradado del sistema alfabético solar.

No existe manual de autoayuda que, en efecto, ayude a ponerse las calzonarias correctamente: hacen las veces de cinturón, por lo que este último puede y debe omitirse. Además, el tiempo: deben usarse, por lo menos, hace 40 años.

\*

Un conferencista de motivación empresarial y personal acaba de publicar su vigésimo libro, "Hágalo si puede, inútil", con asertivos consejos para aprovechar las mañanas de guayabo. Durante la gira de promoción programa charlas por todo el país en maratónicas jornadas de seis por ciudad, en un mes.

El tipo se ha hecho riquísimo con la venta de su placebo, pero siente una profunda contradicción: siendo un gurú de la autoayuda, va por el mundo señalándole a la gente qué y cómo hacer. Pero jamás ha podido aplicar su famoso mantra, "¡Tú puedes!", para materializar su más profundo deseo. Tan incapaz es, que debe contratar un sicario para que lo mate el próximo jueves, llegando al hotel en Sincelejo.

## *Best Buried*

\*

Un aspirante a poeta, de pocos kilos y baja autoestima, no es personaje para un best seller. De pronto, un best buried. El mejor enterrado, lugar común de la literatura urbana que hoy parece la canción de Lavoe, pues nadie quiere ya leer.

Mejor enterrado porque es un personaje que nació muerto y muerto va por centenares de páginas olorosas a marihuana y pecueca. Y eso que la canción de Lavoe huele a lo mismo, pero guarda una profunda contradicción:

Tu amor es un periódico de ayer  
que nadie más procura ya leer...

Pero acá, en esta casa, son los periódicos viejos los que se leen con mayor fruición sobre todo por los crucigramas. A pesar de que no sólo el aspirante a poeta es ignorado por el lector. No se crea que aquí gustamos de juicios a la topa tolondra. La marihuana y la pecueca, el aguardiente y la pereza no son antivalores, que hartos sí se compulsan con los libros de autoayuda.

\*

Un poeta de crucigramas. Un muchacho (porque debe ser hombre), compulsivo jugador de las palabras cruzadas y enciclopedia ambulante sobre símbolos químicos, hijos de patriarcas bíblicos y utensilios antiguos para la labranza, horizontal 3 letras. Un mozalbete que descubre la poesía del cosmos, el ritmo de los astros, un día en que anota cada palabra del crucigrama, una tras otra, hasta que logra algo parecido a una quarteta.

### Marihuana y pecueca

Pájara invertida sol y sal  
dime quesera fuente atracar,  
no admirable diminutivo  
Tamerlán Na Li atoar le.

De modo que escribe 365 poemas al año.

*Pasando mil niveles de Candy Crush la vida ya no es tan amarga. Todos esos colores mezclándose a cada segundo, explosiones y pescaditos de goma. Hubiese existido el jueguito en los sesenta, mucho Woodstock nos habríamos evitado.*

*De lo que se trata es de entretener. Usar el tiempo libre con provecho o sin él, pero pasarlo percibiéndolo lo menos posible: matar el tiempo. Extraña actividad.*

*Matar el tiempo, en debida regla, debería consistir en aniquilarlo. Ya maté el tiempo, dice una niña por ahí y su decurso se detiene (porque está muerto), y no habrá manera de revivirlo pues vida solo hay una y es menester disfrutarla al máximo y no perdiendo el tiempo en matar el tiempo.*

*Sin la debida regla, ignorar es el objetivo. Que pase el tiempo sin sentir su presencia, sin ser consciente de su accionar. Se parece mucho a terminar un romance con un compañero de oficina que hay que ver a diario después de la ruptura.*

\*

Eliminemos el factor tiempo (al menos algunos de sus efectos), en la realidad sensorial de una historia. Es lo que algunos teóricos llaman el *Síndrome del cuerpo glorioso*, manifestado en las características de los personajes. Digamos que esta es la historia de un hombre que, siendo muy niño, sufrió un tremendo golpe en la cabeza que le ocasionó la avería de su reloj biológico. A partir de los cinco años el tictac endocrino se detuvo, ya no marcaba el tiempo de la vida orgánica.

El otro tiempo sí transcurría, el de los huesos, corazón y alma. El de los demás. Entonces creció a ritmo normal, sin noción exacta del día o la noche, más que por la salida y puesta del sol. No supo sentir hambre ni sueño, por lo que usaba alarmas para comer y pastillas para dormir. Sus padres fueron los más afortunados criadores de humanos pues a partir del accidente la economía familiar se vio beneficiada de que el muchacho no volvió a cagar, cosa que ahorró kilómetros de papel higiénico. Hasta hoy es un misterio médico el paradero de los residuos de su digestión.

Ahora es conocido por ser un feliz patriarca que cumple 208 años el próximo marzo y no ha necesitado recurrir a la jubilación. Luce viejo, más de lo normal, pero no se cansa y su trabajo jamás se detiene.

Eso sí, casi no recuerda a sus hijos (muertos todos) y, desde que enviudó a los 86, no se ha vuelto a casar.

*Casi dos meses en el mismo nivel. Le dan a uno cinco vidas que se van recargando cada hora y así, pegado al teléfono, se puede pasar mucho rato. Lo malo es que el éxito en el jueguito no depende de la destreza lógica del jugador, si no del surtido de caramelos proporcionados en cada ronda. Es decir, estamos a la merced de dos líneas de código en un programa informático. Por eso, es posible estar pegado en el mismo nivel durante meses y, el día menos pensado, se resuelve facilito, haciendo sentir al jugador como un inepto. Entonces viene el momento de hacer cuentas. Cuando ya no quedan vidas, la mente hace campo para recordar el tiempo que se acaba de aniquilar. Hubiera visitado a mi madre; ese informe está largo y es para mañana; hoy no llovió y yo acá sentado como un pendejo...*

### *Epopeyas*

Poemas épicos revitalizados por la actualidad, los monstruos contemporáneos. Viaje, guerra, héroe, 12 pasos. Molde sencillo y efectivo. Toda historia es un viaje, dicen los cineastas, y el protagonista emprenderá su periplo dando 12 pasos, como los alcohólicos en recuperación.

Intentando una amalgama entre ambos, podría hacerse un manual de *Cómo escribir tu borrachera en 12 pasos* o, si se quiere, *Las 12 etapas del guayabo creativo*.

En todo caso, ejemplos de historias similares abundan. Novelas estelarizadas por poetas borrachos o por escritores estériles (que no pueden escribir), bloqueados. Entonces, lo novedoso sería escribir sobre un poeta en recuperación o un guionista de cine anónimo que frecuenta las reuniones de su grupo terapéutico de confianza.

He aquí los 12 pasos:

1. Admitimos que éramos impotentes ante el lugar común y los floripondios en el léxico y que nuestros textos se habían vuelto infumables.
2. Llegamos a creer que un Poder Superior nos alejaba de la confección de un verso aprovechable.
3. Resolvimos confiar nuestra pluma al cuidado del siquiatra, según nuestro propio plan de medicación.
4. Sin temor, hicimos los papeles y nos fuimos a buscar trabajo.
5. Admitimos ante Dios, ante nosotros mismos y ante otro como nosotros la fealdad de nuestros escritos.
6. Contratamos a Dios como corrector de estilo para nunca más volver a decir que corregir es mutilar la obra.
7. Acudimos humildemente al diccionario para librarnos de nuestros gazapos.



8. Hicimos una lista de todos a quienes perjudicamos con la lectura en voz alta de nuestros bodrios.
9. Reparamos directamente el mal ocasionado, guardando un muy necesario silencio.
10. Proseguimos con nuestro examen de conciencia, admitiendo nuestras redundancias, mañas y arcaísmos.
11. Mediante la libación tratamos de mejorar nuestro contacto con la musa.
12. Habiendo logrado un despertar gramatical, tratamos de olvidar lo aprendido para comenzar de nuevo una y otra vez.

Entonces, vemos al personaje, bien bañado, todos los días a las 7:00 p.m., sentado en el centro de un círculo amigable. Hola, me llamo Joaquín y soy poeta. Hola, Joaquín, se escucha en coro deprimente. Todo comenzó cuando tenía 9 años. Para el día de la madre los niños de cuarto elemental debíamos escribir una composición para leer frente a los compañeros. Yo escribí:

Ay, mamita, mamita,  
tú me diste la vida,  
para ti esta rimita  
pues te veo jodida.

Y el aplauso de condiscípulos y maestros fue monumental. A partir de ese día me convertí en el bardo oficial del curso y del colegio. En cada ceremonia, izada de bandera y aniversario luctuoso, mis versos encabezaban el programa. Aprendí a rimar con una facilidad pasmosa. Rimar en vocal o consonante. Rimar en ido, rima coja, justa o apenas. Cuando hice la primera comunión, ese mismo año, la vena mística alborotaba mis primeras letras.

Chuchito, Cristo Redentor  
ahijado de los reyes magos  
venga tu cuerpo bienhechor  
para salvar a estos vagos.

Pero empecé a obsesionarme con la rima. Iba por la vida hablando en octosílabos y ajustando la sonoridad. A los 15 quise declararle mi amor a una vecina:

No sé lo que me pasa, Rosalba,  
que veo en tu pelo las olas del mar.  
Es mi carga hormonal la que habla,  
si te beso, no me vayas a cascar.

Debo aclarar que no me cascó y fuimos novios durante algunas semanas. Me dejó por mi hermano mayor que no rimaba, pero ya manejaba carro.

Ahora puedo contarles mi historia con fluidez, sin rimar, pues la vida mía fue un infierno musicalizado hasta la nochebuena pasada en que ingerí tal cantidad de aguardiente, que a la mañana siguiente había aniquilado las rimas. Sin embargo, estoy aquí porque necesito ayuda. Publiqué un librito de versos que ha sido destrozado por sus pocos lectores y, en ocasiones, me asaltan deseos de volver a rimar. No es justo conmigo ni con la sociedad.

Tú no eres poeta, eres más un recitador crónico, a lo sumo coplista desafortunado, dice el líder del grupo y lo abraza hasta la asfixia. ¡Este grupo es de y para poetas anónimo!, berrea con lágrimas en los ojos y nombra comisión para deshacerse del cadáver.

#### *Dudas razonables*

¿Cómo será la pobre existencia de un violinista milenial que acaba de integrarse a la sinfónica, dirigida por un prestigioso y estricto director?

Transgéneros literarios: un cuento que se siente poema y un ensayo que acaba de operarse para convertirse en novela.

En medio de una manifestación, el pelotón de antimotines tiene encerrado a un payaso. O un payaso que amenaza con volar a todos haciendo estallar una de sus bombas largas y chistosas.

*Sin embargo, otra reunión de cafetería que sube el ánimo. Los colegas que se despiden, hacen gestos de aprobación y se van.*

## De aquí a Piendamó...

### *Trayecto 1*

Siempre me tocan las peores horas. Razón tienen las palabras populares ordenadas en la máxima de que no por mucho madrugar amanece más temprano. Las orillas del mundo se ponen de acuerdo para inaugurar sus tristes rituales diarios a la misma hora. Tiempo por decreto, siete aeme.

Entonces salto de la cama dos horas antes. Lo confieso, no salto, sino que escapo con el mayor sigilo del abrigo nutricio de las cobijas. Debo sentarme primero. Mirar una chancleta como se mira a la mujer que alguna vez se amó y ahora pasa de la mano con otro ser igual de miserable que todos. Sentir que el alba corta las entrañas y ponerse la chancla y la otra y abrir la llave de la ducha para que caliente la ilusión de estar medio vivo.

Eso es no estar del todo despierto. Pero el frío es enemigo natural de la ensoñación así que, pese a lo que pueda parecer, esperar el bus es el primer síntoma del día en el que se predice la vida y su absurdo desperdicio.

Mala hora. Todos queremos llegar a la misma parte, al mismo tiempo. Todos tan pelo lavado, uniforme justito y casi limpio. Olor a mugre postergada y sueño pisando los talones de las colegialas que anoche se desvelaron guasapiándose los amores y vergüenzas cotidianas. Perfumes recién aplicados -sahumerio del ritual del libre mercado-, lagañas, removedor.

El pavor que produce pagar el pasaje y que el chofer diga, ahora le doy el regreso. La paradójica maldición de tener billetes de alta denominación, pero que no son propicios para transacciones cotidianas como pagar un pasaje de colectivo. Mala memoria. Bajarse sin reclamar las vueltas. Hijueputa, el billete era de cincuenta.

A veces de pie y otras sentado. No alcanzar puesto y, sin embargo, quedarse en el colectivo, pagar el pasaje completo y agarrarse de una varilla, son la aceptación más cruda de la esclavitud de nuestros días: el amo es el tiempo. En todo caso así, parado, puedo mirar a los suertudos que se recogen en las sillas cochambrosas. Solo basta bajar un poco la mirada para percibir el escote de la oficinista que usa brasier sin relleno, donde una medallita de María Auxiliadora hace equilibrios para no caer en las honduras del seno majestuoso, mañanero, pecoso y por lo pronto firme. A su lado hay otra mujer que revisa con furia las últimas iluminaciones del

feisbuc ancestral. No conviene quedarse mirando; sólo alternar la imagen de las tetas con la vista al frente.

Pero a veces puedo ir sentado. Desde que pongo las nalgas en el aposento entro en estado de alarma, pues es probable que se suba algún sujeto políticamente viable de ser ayudado brindándole mi lugar. También pasa que toma el mismo vehículo aquella mujer que nunca he visto ni veré otra vez, pero que deseo profundamente. El peor enamoramiento es el de buseta: fugaz y anónimo, frustrante.

El vaivén es lo de menos. Las frenadas son lo de menos. La cercanía con otros es lo feo. Esa proximidad forzada que violenta la frontera última que es el cuerpo. El calor humano es la peste del infierno, al menos cuando no es consensuado y fruto del cariño y la empatía.

Ahora, sentado, debo mirar para arriba porque un sujeto de pie y colgado de la varilla, lleva audifonos, gafas de sol, gomina en el pelo y mirada al frente mientras restriega su pajarraco contra mi hombro. Se suben dos más y el tipo se corre dos puestos hacia tras, llevándose su cosa a otro hombro. Ya no tengo un pene encima, sino el morral de una muchacha que hace maromas para ir parada y no estorbar.

Mirar al frente. Reconozco en la limpieza inaugural del día otros rostros de similar inquietud a esta que me arropa y voy describiendo en la cabeza (sacar un lápiz en estas circunstancias es difícil y estúpido). Este armatoste en movimiento sirve para licuar cuerpos y voluntades y rápidas miradas al reloj: cuarenta minutos exactos que son como la vida del planeta (desde el magma primigenio hasta la última explosión), cuarenta minutos eternos.

Levantar el cuerpo hasta llegar al timbre. Oprimir el timbre y acomodar el cuerpo hasta que el bus se detiene. Articular movimientos para descender hasta el asfalto y olvidar todo este asunto para siempre. Todos los días.

Otro círculo de Samsara y ahí vamos.

## *Trayecto 2*

Mis encuentros con el clero han sido casi siempre desafortunados. En especial, recuerdo el más impactante, ocurrido a mis tiernos cinco años.

Fue en Manizales. En el parqueadero del hotel donde nos alojábamos había muchos carros muy juntitos y, entre ellos, un campero amarillo que transportaba un escuadrón de monjitas. Desde nuestra llegada veía ese campero entrar y salir con monjas adentro, como sardinas en salmuera.

Un día papá quiso calmarme un berrinche comprándome una oblea rebotante de dulce de leche, queso y jalea de moras. Una cosa monstruosa. El manjar era gigantesco para mis manitos, pero se dejaba mordisquear lentamente. Salimos al parqueadero con rumbo al carro familiar, teniendo que pasar junto al campero de las novias de Cristo.

Una mezcla de mala suerte y física fundamental operó cuando, a mi paso, se abrió la puerta del campero, dejándome estampillado contra las latas del Nissan Patrol 78 y viendo rodar mi oblea, mi tesoro, por el suelo.

Sin acabar de reaccionar al totazo, un pingüino enorme se acercó y empezó a pronunciar frases de consuelo en un pulcro acento paisa. Me dolía la cabeza, pero, sobre todo, el orgullo de no haber podido presumir la oblea un poco más.

Lloré a cántaros.

## *Estación (Trayecto 3)*

Una vez fui a dar a un calabozo en la permanente por razones que no vale la pena recordar. Me habían abierto una grieta en el cráneo por donde brotaba un hilillo de sangre clarita, casi transparente, que se fue secando en una costra carmesí con olor a hierro y moscos pegados. La primera noche fue linda, dentro de lo posible, porque los otros presos se apiadaron de mí y me apodaron «Nazareno». Alcancé a contar siete rostros que me miraban y se pasaban trapitos mojados para intentar limpiar aquellas heridas leves, pero escandalosas por sangrientas.

Uy, casi le dejan esas gafas de lentes de contacto, dijo uno con voz aguardientosa y aliento a ajo. Supe muy pronto que se llamaba Wilmar y que estaba encerrado por robarse un farol del centro en plena traba. Ponía sus manos en mis rodillas y decía como un mantra: tranquilo, chino, que acá lo tapamos pa que no le peguen más. Otros dos figoneaban por las rejas y gritaban groserías a los guardias que venían

de tanto en tanto a escupir un poquito y reírse. ¿Estos ocho son para susto o para pelar?, preguntaba el que tenía cosido en el uniforme un «Patarroyo» en hilo dorado. Susto, mijo, susto, respondía el otro con una presa de pollo en la mano.

Respiré aliviado. La cara me ardía y las gafas estaban untadas de sangre, polvo y mierda. Una señora de chaleco pegó el grito desde el fondo de la instalación, ¡Por lo menos denle agua, no vaya y sea que aparezca la prensa y se nos arma la hijueputa...! ¡Sí, señora, pero después del susto!, dijo Patarroyo y nos ordenó desnudarnos a los ocho encalabozados. Nos pusieron en fila y prendieron una manguera con la que nos bañaron de pies a cabeza. El agua helada me devolvió a la realidad y el cuerpo gigante de Wilmar atrapó el balazo que era para mí. ¡Bazuquero, hijueputa!, gritó Patarroyo frustrado por el tiro perdido en otro objetivo. Pudo disparar más, pero no quiso. Quiso disparar más, pero no pudo.

A la mañana siguiente pude acceder a una llamada y hablé con mamá. No quiso saber nada de mí. La madre de Wilmar fue a recoger a su hijo malherido y alcanzó a deslizar una mirada de reproche que aún hoy me paraliza.

El caso fue que duré seis días con sus noches en aquel agujero cagado, llorado y sudado. El baño frío de la madrugada era un bálsamo para los hedores que soportamos en aquella cloaca. Y así como llegué, me fui. Una tarde de sábado abrieron la reja, pronunciaron mi nombre y me sacaron del calabozo. Mamá estaba afuera, avergonzada, llevándole un cafecito en leche con masitas a Patarroyo. Le agradecía mucho sus buenos oficios, mientras el tipo se tragaba el mecate y sonreía al hablar: es mi deber, señora, la Patria necesita menos hijos de puta como el suyo, en todo caso, por aquí a sus órdenes...

## Los sabanales

Hace tiempo que no escribo una carta. Ya me había acostumbrado al correo electrónico, cuando apareció la mensajería instantánea. El futuro, amor, lo que veía de niño en los Supersónicos ya está aquí. Pico con el dedo en el dibujito de una cámara y listo, estás del otro lado con esa sonrisa tan nuestra y tu voz lejana al alcance de mi oído. Cosa impensable antes, cuando había que discar despacito la serie de números y aguardar las vueltas del relé.

Bueno, esto no va en video. Es una misiva a tipo y letra (no la mando a mano porque me gusta la impresora). Aquí te cuento que estoy bien, extrañándote un montón y quemándome el 90% del cuerpo cada vez que intento fritar un huevo. No ha habido nada para editar, por lo que las mañanas me comienzan muy a las diez. Tu perro alegra la casa hasta el mediodía cuando se fuga: creo que anda de novio con la dóberman de doña Luz. Entonces, hasta ese punto, no te extraño, pero cuando llegan las horas de la tarde tu presencia es imperiosa y tu olor, arrobador. El estudio huele más a tu pelo y por eso paso mucho tiempo esculcando entre libros de botánica y discos rayados. ¿Para qué los conservas?

Vení, corazón, vení que ya casi es navidad. Algún arreglo podrás hacer y tomar un avión, un barco, un elefante... Te prometo que en el verano iré yo.

## **El círculo de los frágiles**

### *Dios en los árboles*

La facha de Gualter no era muy normal que digamos o lo sería si nuestro mundo fuese el de Matrix. Siempre andaba muy quieto y tan blanco que se le podían ver las venas cuando el sol picaba fuerte. Llegó a estudiar electrónica una mañana del 99 y se sentó adelante con su gabán negro y aquel silencio de miedo que hacía sospechar que algún día entraría al salón, armado hasta los dientes, y acabaría con todos.

Por supuesto que no se parecía a Neo, más bien a los agentes mal encarados que lo perseguían. Gualter era tieso y poco majo. Andaba solo y solo campeaba victorioso por todas las materias de cada semestre. En ocasiones perdía alguna, física, por ejemplo, porque tenía el resabio de salir corriendo en los momentos más inoportunos para sentarse bajo los arbolitos de la facultad.

Cada uno de nosotros tiene su versión de Gualter. Por ejemplo, el curso en pleno se conmovió una vez al verlo acercarse con desespero el cuaderno a la cara, por lo que le financiamos el examen de los ojos y unas gafas bien bonitas. Gualter agradeció y a la semana ya se había sentado sobre ellas. Cuando llegaba, los condiscípulos se hacían para un ladito pues traía consigo un campo magnético repelente a pobres diablos, según él, de tal suerte que ayudarlo era labor de otros parias solidarios en la misma desventura.

Desde el principio hice buenas migas con Gualter. Cuando se quedaba una clase completa salíamos a fumar y, entre puchos, soltaba que había nacido en Pasto y crecido en Cali, o al revés; todo dependía de la euforia del momento. En todo caso, siempre que caminaba a su lado procuraba mirar de soslayo, buscando el revólver oculto entre el gabán o un cuchillo o una cuerda de piano o sus manos grandotas y pegachentas. Nunca lo dejé ir atrás mío. Además, sucedía que éramos vecinos.

Las dos aventuras que tuve junto a Gualter ocurrieron con varios años de distancia.

La primera, pocos días después de haber sabido de nuestra vecindad, se dio por azares de la ciudad rufianesca. Una noche de viernes, pasada la hora de la decencia, Gualter tocó a mi puerta. A través de la ventana de la sala se veía preocupado y más agitado de lo usual. Me acaban de robar, viejo, me dijo con una vocecita ridícula, impropia de su estatura descomunal. Me quitaron un billete de cinco y los zapatos. En efecto, venía descalzo y apretaba las manos con furia. Vení



te acompañó a la casa, dije con un paraguas en la mano. Salí, lo dejé en la puerta de su casa y regresé a la mía. Lo robaron otra vez.

Y eso fue lo sorprendente. Su estampa grande y potencialmente peligrosa daba la impresión de ser imbatible. Los ladrones deberían huir despavoridos al toparse con aquel fantasma viviente de rostro pétreo y mirada de loco. Pero no. Aquella noche Gualter sucumbió a la intimidación de tres pares de rateros en tres momentos distintos de la velada. En el segundo atraco le quitaron el gabán y le dieron una patada en la ingle. Para mi fortuna, opté por volver a mi casa rápidamente; tardando dos minutos más me habrían robado también.

Quiso incorporarse para meter las llaves en la cerradura, pero un tercer episodio ocurrió. Dos tipos, menos drogados que los anteriores, doblaron la esquina de la plaza de toros y corrieron hacia Gualter. Ya no tengo nada, lloraba, me han asaltado dos veces esta noche. En honor a la verdad ya no infundía miedo ese grandulón. Yo observaba desde la ventana de la sala y no podía sentir nada distinto a un profundo pesar. Pesar por mí que no fui capaz de salir a socorrer a un amigo.

Los últimos rateros resultaron de muy buen corazón. Pase esa camisa, le dijeron, y él se las dio. Chinazo, esto por aquí es muy peligroso, cuídese, le dijeron en coro y le ayudaron a entrar a la casa. Gualter entró. Ellos marcharon comentando lo inseguro que se había vuelto el barrio, pobre pelao, decían, con su camisa en la mano.

Quise alejarme de Gualter, más por vergüenza. Pasaron dos años antes de que volviéramos a hablar. Él se destacaba en la facultad y avanzaba a brincos por la carrera.

Conmigo la historia era distinta. Estudiaba electrónica, pero frecuentaba la biblioteca de Humanidades. Había trabado amistad con dos incipientes canallas académicos, con quienes huíamos de clases de matemáticas y circuitos para internarnos en los cineclubes y en las páginas de Cioran. Terminado el primer semestre la suerte estaba echada: perdí cuatro de las seis materias matriculadas y mis compañeros de pinta claudicaron al sueño burgués de complacer a la familia. Yo estaba en bajo rendimiento académico y no logré salir de tal situación gracias a los ciclos de Woody Allen y Antonioni que se presentaban gratis y a diario. En la universidad, la regla era que un estudiante podía repetir una materia hasta tres veces antes de ser expulsado. Enfrentaba mi tercera visita a materias de primero y la posibilidad de ser defenestrado se veía cada vez más grande y aterradora.

El cineclub se acabó, cosa afortunada para mi vida académica. Decidido a cursar ese semestre con dignidad, me consagré a los vectores, integrales y ley de Ohm. Como el Fénix me vi resurgir de entre mis cenizas menos en una cosa: circuitos eléctricos. Perdí el final y sólo me quedaba habilitar. De un puto examen dependía la salud cardiaca de mamá, que sufriría un infarto de miedo si llegaban a expulsarme.

Entonces vi a Gualter en el parque de la facultad, sentado bajo un gran árbol, mirando para arriba y conversando solo. Se incorporó a mi paso y me dijo muy serio, yo sé lo que la profe de circuitos pone en la habilitación ¿Te explico? Le dije que sí, que me cobrara lo que fuera. Me pidió una cajetilla de Boston y que me sentara con él. Hablaba con gran elocuencia, eso sí, para decir las barrabasadas más grandes. Mirá que siempre he sentido que este bosquecillo me llama, salgo corriendo para acá porque algo me dice que Dios está allá, en los árboles, y nada me haría más feliz que conocer a Dios. Por fin escuchaba de su propia boca el motivo de sus fugas misteriosas. ¿Cuándo tenés el examen?, preguntó con aire de suficiencia. Mañana a las siete, dije sin esperanzas. Pues bien, dijo, mirá esa rama de allá: Dios y la transformada de Laplace, para convertir ecuaciones de varias variables en un sistema de una sola con el ánimo de operarlas algebraicamente, viven allá. Si ganás la habilitación me invitás un almuerzo.

Esa fue la última vez que lo vi. Gané el examen gracias a su críptica explicación y lo busqué sin éxito. Siguió estudiando, pero no coincidimos nunca más. Yo hice siete semestres, a partir de ese momento, hasta que no pude seguir anclado a esa vida y me fui a ser infeliz a otra parte. El día que formalicé mi salida, hice firmar los papeles necesarios y quise sentarme bajo el árbol donde vive Dios. Encontré entre el rastrojo una cédula de ciudadanía bastante deteriorada por la humedad y los insectos. Era la identificación de Gualter.

### *Las putas de Milton*

Aprendimos a orinar con público pues en la escuela los servicios eran comunales. Entrábamos en manada y meábamos contra una pared embaldosada, mientras la conversa proseguía. Afuera, lavado de manos a veces. Entonces la universidad no tuvo demasiados misterios en materia de evacuación urinaria. Los baños eran distintos: orinales individuales separados por paneles de latón. Lavamos con espejo y jabón.

Conocí a Milton en el baño. Recién acabada la cuarta o quinta clase de física con la monumental profesora Luz Clarita, recién estudiada en Brasil, el rebaño de primer semestre salió del salón 227 rumbo al alivio de vejigas y narices congestionadas.

Me gustaban aquellos orinales porque no eran tan altos. Empecé a miccionar con todo el placer que se puede experimentar al mear con hartas ganas y sentí de golpe una mano en el hombro derecho, acompañada de una voz profunda.

¿Qué haces?, preguntaba la voz. Desconcertado por la infame interrupción tuve ganas de voltearme con el pito al aire y pegarle un puñetazo al propietario de la pregunta. Pero no podía dejar de orinar, así que giré un poco la cabeza para contestar. ¡Pues, meando, gran hijueputa! Y mientras hablaba vi el rostro del idiota escupiendo una carcajada atronadora para luego dar media vuelta y salir del baño.

Era Milton y tomaba el curso de física conmigo. De él sólo sabía que llegaba media hora tarde a todas las clases y que siempre vestía pantaloneta y camiseta esqueleto. Algunos malintencionados del salón, que tampoco lo conocían, aseguraban que era marica y, por aquella época (último año del siglo XX), tal acusación era gravísima.

Después de la escaramuza del baño, Milton creyó haber roto el hielo y me saludaba en los pasillos de la facultad y en la calle. Prejuicios aparte, me resultaba un ser repelente desde todo punto de vista. Evitaba el contacto visual para no cruzar palabras con él y, básicamente, me hacía el pendejo. El resto del curso, también. Hasta que mi mala suerte hizo que llegara tarde a una práctica de laboratorio. La profe había asignado parejas por proximidad y Milton se había quedado solo. Con mi llegada, se completó la pareja faltante y tendría que pasar cuatro espantosas horas con ese tipo. Nada que hacer.

Pero, la verdad, no fue tan terrible. Era disciplinado en las mediciones y tomaba nota con juicio. Supe, mientras calibrábamos el chispómetro, que a Milton le gustaban las películas de Van Damme y que su mamá era enfermera. También supe de su angustia por el rumor de que era marica. ¿Y qué tiene de malo?, le dije. Pues de malo nada, pero es que yo no soy loca, decía Milton y se carcajeaba con nervios. En alguna parte ha de reposar el rimbombante informe sobre la caída libre que presentamos en ese laboratorio. El único papel firmado por Milton Carreño y Boris Marín.

Semanas más tarde Milton apareció en la biblioteca de Humanidades, guarida del *Círculo de los frágiles*, y con gran resolución nos dijo a los tres: muchachos, quiero probarle al mundo que soy bien macho; llévenme de putas, por favor.

Conviene explicar esto antes de continuar. El *Círculo de los frágiles* fue un grupo de tres estudiantes de electrónica que un día se autodenominaron así, frágiles (leían a Pessoa y Cioran), dejaron de ir a clases y se metieron a la biblioteca de

Humanidades (donde reposaban los libros de poesía y filosofía). Escribían versos y se los leían mutuamente; veían cine y lo comentaban mutuamente; no tenían novias ni nada parecido, salvo uno, el mayor. En su facultad tenían fama de rufianes y de ser capaces de conseguir drogas y toda clase de objetos contundentes, pero no era sino la fama. Yo hacía parte del círculo junto a Gilberto Yanza, el mayor, y Juan Ramírez, el seductor.

El más entusiasmado con el extraño pedido de Milton era Gilberto, consumado cliente de múltiples puticlubes locales. Claro, mijo, el viernes nos lo llevamos a un sitio de película, le decía mirándonos con gran ilusión. Confieso que yo también comencé a entusiasmarme con la idea pues sería mi primera incursión a una casa de citas.

El Ford Fiesta 1980 de Gilberto Yanza hacía honor al nombre del modelo porque siempre había música. Montones de casetes con réquiems de Mozart y cumbias de Landero. Aquel viernes sonaba la voz del rey de la cumbia, Virgen de la Candelaria patrona de Cartagena, mientras abandonábamos la ciudad por la vía al Huila. No íbamos muy borrachos, salvo Milton que sorbía aguardiente como si de ello dependiera su vida. ¿Y qué hago? ¿Saludo, le pregunto por sus cosas o voy directo al precio?, las dudas de Milton brotaban a toda velocidad. Gilberto, cagado de risa, sólo repetía, no te preocupés, bobo de mierda.

Como un padre que lleva a su hijo al primer día de escuela, Gilberto instruía a Milton en la puerta del burdel. Tranquilo, se vos mismo. Vas derecho a una mesa, pedís una botella de aguardiente y, de inmediato, te llevás a la primera que se siente a tu lado. El resto correrá por su cuenta.

¿Y es que no van a entrar conmigo? Pues no, viejo, contestamos en coro. No hay plata para muchachas, más bien te esperamos en el carro. Nos metimos en el Ford porque comenzaba a llover. Fumamos sin ganas y nos reíamos de Milton. Resultó ser más parecido a nosotros que nosotros mismos, dijo Ramírez con su típico airecito de suficiencia, de damnificado del terremoto. Ah, estos muchachos, replicó Gilberto, crecen y se van. Se van de putas, completé.

En esas andábamos, apenas acabando el primer cigarrillo, cuando del burdel empezaron a salir gritos descontrolados. Vimos encenderse las luces del local y a Milton salir despavorido con su ropa en la mano. Gilberto bajó un poco la ventanilla para no mojarse con el aguacero. ¿Qué pasó, pendejo? Milton trataba de abrir la puerta trasera del Ford, pero estaba con seguro. Iba a franquearle el paso cuando Gilberto me dijo que aún no. ¿Qué pasó, Milton? No, pues que me fui para una pieza

con una caleña qué bonita y, cuando me pelé, entró otra con un cuchillo en la mano a hacerle una escena de celos. Me dijo que me largara y salí corriendo.

En efecto, mientras nuestro empapado retoño intentaba subir al carro, las dos mujeres salieron agarradas de las greñas. ¡Yanza, déjame vestir en el carro, por favor! No, pana, me lo dejás oliendo feo, a casa de putas, vestite allá, en esa piedra.

Regresamos, cada uno a su casa, y esparcimos por toda la universidad el rumor de que Milton no era marica pues lo vimos estar con dos putas a la vez tras sortear una feroz pelea a cuchillo.

Después de todo se lo merecía

### *El ídolo caído*

En el círculo de los frágiles se vivía el fragor de la llegada de Chávez al poder. Se discutían los titulares de prensa y se avanzaba en la fundamentación ideológica de sus integrantes. Tal esquema de adoctrinamiento se vio pronto condenado al fracaso dada la inveterada afición a la molicie de todos y cada uno de los involucrados. No hubo forma de ponerlos a leer cosas en serio nutritivas para el espíritu revolucionario. No hubo poder humano que los hiciera quedar en una asamblea completa. Sin embargo, a la hora del acto cultural, con musiquita y licores artesanales, estaban puntuales.

Entonces conocieron a Gerardo Magaldi. Este era un hombrecito a punto de desaparecer por lo flaco y con la cabeza más prominente que se haya visto por estos lares. Lo veían pasar, con su estampa aindiada, conversando de política y dirigiendo multitudes. Claro, era un dirigente o líder o algo así, que convocaba y se paraba en la pileta y soltaba unos discursos bellísimos y feroces contra el cochino sistema, al que aún se le decía así. Y lo hacía con una vocecilla horripilante, semejante al chillido que emiten las patas de la cama cuando se corre para barrer atrás. Desde entonces su vida se pintaba de leyenda pues cada quien sabía algo sin confirmar sobre el pasado de Magaldi. Que era paisa y que no le gustaba terminar ninguna carrera. Acá estudiaba filosofía y había hecho la carrera dos veces, siempre con honores, pero nunca obteniendo el título.

Para el círculo era el epítome del vagabundo revolucionario y era menester ser como él. ¿Compañeros, alguno de ustedes tiene un cigarrillito que me preste?, dijo Magaldi aquella vez que se dirigió a los tres frágiles. Sí, esperate te doy uno de los míos, dijo Boris, entusiasmado con la idea de poder hacer algo por el ídolo. De ahí en adelante, el ritual se repitió hasta convertirse en costumbre. Otra vez este

pedigüeño, balbuceaban, viéndolo venir tras dos semanas de puchos esquilados, por lo que el círculo de los frágiles se vio en la penosa necesidad de mudar su cuartel del ocio a otro lado.

Ese fue el principio del fin, pues las reuniones se espaciaban cada vez más a causa de la pereza de los contertulios. Al menos en Humanidades confluían y se sentaban por horas. Llegaban en automático. Pero luego, desplazarse dos a la casa del tercero era tarea dispendiosa. Al cabo de unas semanas el círculo de los frágiles era un sórdido mito urbano enterrado ya en su fase práctica. Gilberto Yanza fue el primer desertor. No, maricas, me voy a casar y a mi novia no le gusta mi junta con ustedes. Ah, qué pena, nos vemos, pues. Adiós Fiat, adiós películas grabadas de Cinemax. Luego, Boris Marín hizo formal renuncia frente al otro que quedaba. Parcero, me voy a dedicar a la poesía y este ambiente no es lo suficientemente denso. Ah, qué pena, nos vemos, pues. Juan Ramírez se quedó y siguió yendo a los mismos lugares hasta que la soledad se lo tragó.

A Magaldi lo siguieron viendo, cada uno por separado. Era usual encontrarlo en las mañanas, muy temprano, con la borrachera a flor de piel. ¿Qué hubo, flaco, figurate que me quedé sin lo del bus, no tendrás una monedita? Y se le daba algo al ídolo que revoloteaba por la ciudad, aun ahora que nadie marchaba a sus órdenes. Otras veces, ¿Te tomás un traguito? No, Gerardo, mil gracias. Entonces, recibime un Caribe. Eso sí, pasá. Un traguito de alcohol de farmacia que cargaba muy a las seis de la mañana; un Caribe, cigarrillo infame con el sabor de la tristeza.

La fugaz existencia del círculo de los frágiles (seis meses a lo sumo), hace veinte años. Encuentros con el modelo a seguir, Magaldi, el mequetrefe de cabeza grandota. Encuentros cada cierto tiempo, cada cierto tiempo menos lúcido, él o ellos, es el misterio todavía. Un traguito, monedas para el bus, voz de cama corrida para barrer.

Magaldi, sin saber, fundó y enterró el círculo de los frágiles. Sin querer se hizo amar con una ternura impensable para esos tres pendejos que quisieron instruirse solos sin lograrlo, por supuesto. Veinte años después del primer cigarrillo gorreado, viajó a Bogotá a pintarle la casa a la mamá de un amigo suyo. Allá se cayó de una escalera y se partió el cráneo. Allá murió y dicen que estuvo varias semanas en una morgue hasta que lo reconocieron.

## BIBLIOGRAFÍA

- Absatz, C. (1995). *Mujeres Peligrosas: la pasión según el teleteatro*. Planeta.
- Cassano, G. (2011). Diversidad e inclusión: las miniserias biográficas, entre la realidad y la ficción. En I Congresso Mundial de Comunicação Ibero Americana - CONFIBERCOM 2011. SAO PAULO. Confibercom.
- Cassano, G. (2012). La Telenovela y los Discursos sobre la Interculturalidad. *La Mirada de Telemo* No. 8: Mayo.
- Butler, J. (2002). *Cuerpos que importan*. Buenos Aires: Ed. Paidós.
- Conell, R. W. (2003). La organización social de la masculinidad. En C. Lomas, *¿Todos los hombres son iguales?: identidades masculinas y cambios sociales* (págs. 31-54). España: Paidós.
- De Gregorio Godeo, E. (2003). El análisis crítico del discurso como herramienta para el examen de la construcción discursiva de las identidades de género. *Interlingüística* (14), 497-412.
- Emakunde, Sare e Instituto Vasco de la Mujer. (2008). *Los hombres, la igualdad y las nuevas masculinidades*. Printek, S.A.
- Foucault, M. (1972). *The Archaeology of Knowledge*. Londres: Tavistock.
- Freire, P. (1970). *Pedagogía del oprimido*. Uruguay: Tierra nueva.
- Füller, N. (julio - agosto de 2002). Ciudadanía intercultural: ¿Proyecto o utopía? *Qué hacer* (137).
- Goffman, E. (2006). *Estigma. La identidad deteriorada*. Amorrurtu. Buenos Aires.
- González, J. (2002). El regreso de la cofradía de las emociones interminables. *Telenovelas y memoria en familia. Telos: Cuadernos de comunicación, tecnología y sociedad* (34), 1-10.
- Hall, S. (2010). *Sin garantías: Trayectorias y problemáticas en estudios culturales*. (R.E., W.C. & V.V., Edits.) Envió Editores.

- Lomas, C. (2003). Masculino, femenino y plural. En C. Lomas, ¿Todos los hombres son iguales? Identidades masculinas y cambios sociales (pp. 11-27). Barcelona: Paidós.
- Martín Barbero, J. (1987). De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía. Ediciones G. Gilli. México.
- Martín Barbero, J., & al, e. (1992). Televisión y melodrama. Géneros y lecturas de la televisión en Colombia. Bogotá: Tercer Mundo.
- Martín Barbero, J., Rey, G., & Rincón, O. (2000). Televisión Pública, Cultural, De Calidad. Revista Gaceta (47), 50-61.
- Sadoul, G (2004). Historia del cine mundial: desde los orígenes. Siglo XXI. México D.F.
- Viveros, M. (2002). De quebradores y cumplidores. Bogotá: Centro de Estudios Sociales.



## ANEXOS

## Anexo 1. Matriz de subjetividades

Yo	Desigualdad	Diferencia	Diversidad
Clase	<ul style="list-style-type: none"> <li>• La división jerárquica en torno a la clase era evidente en la distribución de roles en la casa paterna (era la casa de mi bisabuelo y vivíamos casi todos, tíos, tías y primos). Por un lado, los miembros de la familia y, en un escalón inferior, la servidumbre, usualmente integrada por mujeres dedicadas al servicio doméstico como internas. Sobre ellas recaía el cuidado de la casa, la cocina y la crianza de los niños, pues las mujeres de la familia trabajaban por fuera.</li> <li>• Según las instrucciones de mi bisabuela, los niños no debíamos comer en la cocina, pues era el espacio para las “Marías”, como llamaba genéricamente a las empleadas.</li> <li>• Bajo la tutela del abuelo materno, se hacía énfasis en la diferencia entre ‘buenos’ y malos’: respetuosos de la ley y los que no, esto debido a la vida militar del abuelo.</li> <li>• En el colegio, antes de la constitución del 91, existía una práctica para escarmentar a los deudores morosos: el prefecto de disciplina pasaba por cada salón a inicios de mes y llamaba en voz alta a quienes no habían pagado pensión. Luego, instaba a los demás a no ser como el morosos y los</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>• Nací en un hogar de clase media, con fuerte arraigo en el centro histórico de Popayán. Parte de mi familia paterna procede de cierta rama que ha gozado de históricos privilegios por su poder económico. Sin embargo, mi núcleo familiar era considerado de menor categoría dado que ni mi padre ni sus hermanos obtuvieron puestos con el favor de sus tíos ricos.</li> <li>• Tras el divorcio de mis padres, mamá nos lleva, a mi hermana y a mí, a vivir con su padre, mi abuelo materno. Allí pasaré los siguientes 20 años en un contexto completamente diferente: mi familia materna es payanesa, pero de origen popular, de artesanos, músicos y sastres. De modo que crecí en un barrio popular, Las Américas, en pleno surgimiento del fenómeno de las pandillas juveniles, quienes eran las que nos “cuidaban” de los atracadores de otros barrios.</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>• Empecé a romper estas rutinas de clase de la mano de mi madre, quien nos permitía y alentaba a compartir los espacios, agradecer y tratar dignamente a quienes nos rodeaban y ayudaban. Aún hoy, uno de mis grandes placeres es comer en la cocina, por ejemplo. Llamar a la gente por su nombre y no por sus señas particulares.</li> <li>• La influencia del capellán del colegio me llevó a empezar a leer a Marx y a interesarme por cuestiones que eran mal vistas en ese contexto: el teatro, la militancia en la izquierda radical (que luego abandoné) y la música no canónica.</li> </ul>

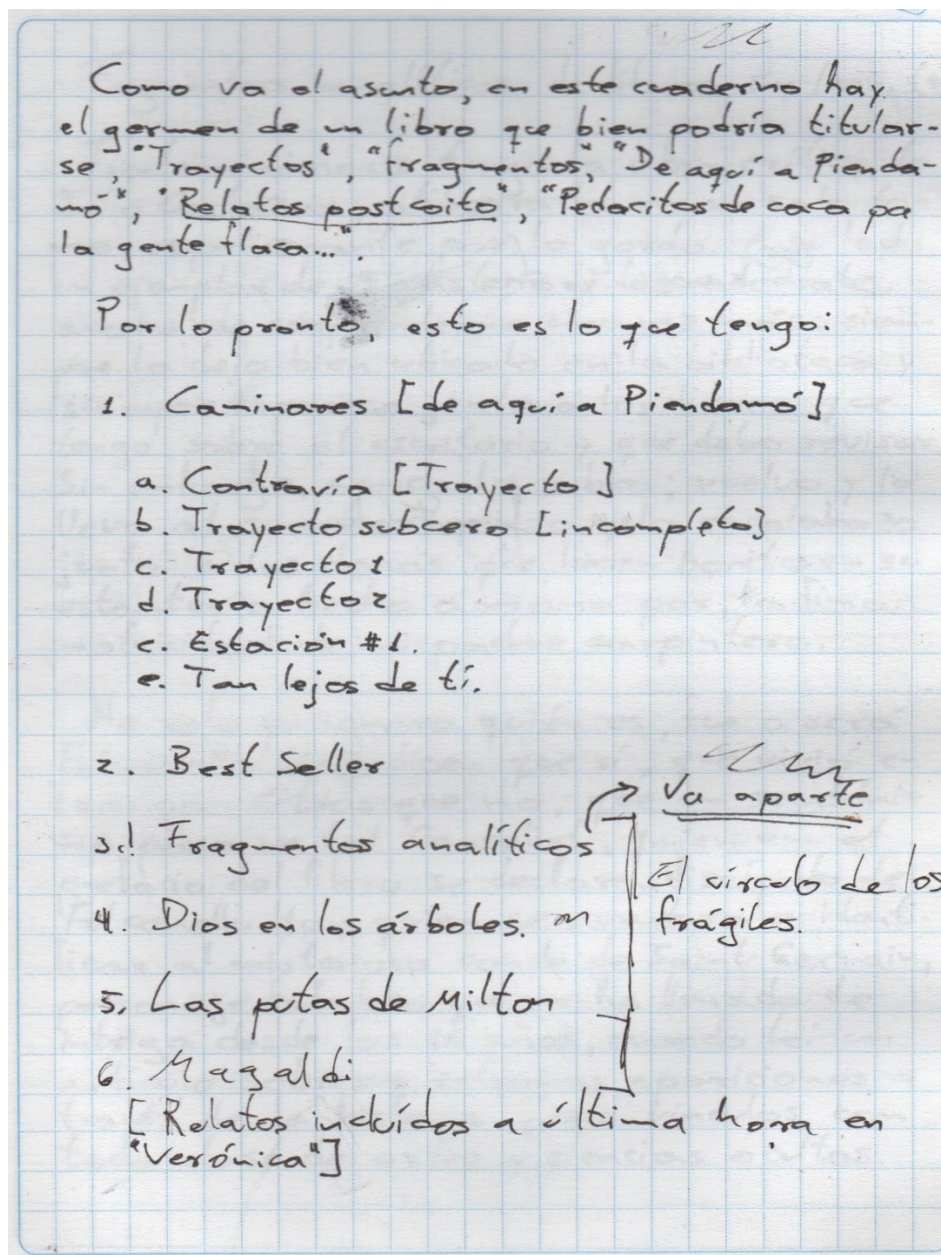
	<p>hacía desfilan como reinas de belleza por los corredores hasta que salían del colegio para no volver hasta que sus padres se hubiesen puesto al día. Yo tuve que desfilan seis veces entre quinto de primaria y segundo de bachillerato, puesto que, en ocasiones, mi mamá se veía alcanzada para pagar.</p>		
<p>Raza</p>	<ul style="list-style-type: none"> <li>• En la casa paterna nos decían ‘los negros’ porque éramos los más trigueños y, en las celebraciones importantes, no éramos invitados. Una tía, mi madrina, se casó con un hombre afro nacido en Cali y que, para poder visitarla, tuvo que negociar con mi abuela y pactar que le mostraría todos los semestres su certificado de notas para que ella viera que se trataba de un buen tipo para su hija. Sólo de este modo pudo acceder a la casa y pedir la mano de mi tía años más tarde.</li> <li>• En la casa materna, aun hoy, persiste una fuerte resistencia a hablar sobre nuestros ancestros indígenas y afros. El padre de mi abuela materna era negro, pero nunca le dio el apellido. Ella y su hermana eran muy blancas por lo que ocultar al padre siempre les resultó fácil.</li> <li>• En la primera parte de la infancia no tenía idea de que la raza aportara alguna diferencia. Es en el colegio donde empiezo a escuchar la palabra “indio” como insulto. Del mismo modo, es en la televisión donde escuché por</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>• Alguna vez tuve que ir a recoger el boletín de calificaciones de mi hermana al colegio de monjas donde estudiaba. Tenían prohibido que alguien distinto al padre, la madre o los hermanos entraran al colegio. Cuando llegué con ella, la hermana portera no me dejó pasar pues adujo que estaba prohibido que las niñas llevaran los novios. No me quiso creer que yo era el hermano bajo la razón de que ella era blanquita y muy mona y yo más oscurito y pelinegro.</li> <li>• Cuando empezaba el bachillerato, un día nos hicieron formar en el patio pues había misa campal con el arzobispo. Después, el rector del colegio nos presentó (como si se tratase de un animalito de exhibición), a un señor misak (que todavía se les decía guambianos). Lo miraba de arriba abajo y nos dijo complacido que saludáramos al primer senador indígena, Lorenzo Muelas. Luego supe que, en todo caso, se equivocaba pues el primero fue Anatolio Quirá. No supe muy bien</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>• En el colegio fui marginado por mi tartamudez. Entonces, me juntaba con los otros excluidos: el negro, el gay, el cegatón y el ultratímido. Juntos nos protegíamos de las amenazas de los populares e iniciamos exploraciones literarias, musicales y teatrales. Aprendimos a fumar sin ayuda de los patanes del curso.</li> </ul>

	<p>primera vez la expresión, “Trabajar como negro”. A pesar de que estudié en un colegio privado que se preciaba de ser incluyente, parecía haber una especie de regla tácita que puedo percibir apenas ahora: había un estudiante negro por curso, nada más. El resto éramos mestizos, pero criados para querer vivir como blancos, por lo que alusiones raciales eran siempre para hacer mofa o para herir.</p>	<p>qué era, pero algo en ese acto me incomodaba muchísimo. Después concluí que mi malestar se debía a que presencié en plena conciencia un tremendo acto de racismo.</p>	
Género	<ul style="list-style-type: none"> <li>• El viejo dicho “Los hombres en la cocina huelen a caca de gallina”, fue la regla de conducta en la casa paterna. Luego, bajo la crianza de mi abuelo materno, la distribución de roles se hacía de manera equitativa sin considerar el género, esto gracias a la disciplina castrense del viejo, por lo que todas y todos ejercíamos las mismas labores, por turnos. Sin embargo, a mí se me aconsejaba sobre la necesidad de los hombres de no andar con los bolsillos vacíos, los zapatos bien lustrados y la camisa por dentro. Se me auspiciaba toda actividad relacionada con los deportes, pero se veía con recelo mi inclinación por la actuación. Mi abuelo sostenía que eso podría “mariquiarme” en algún momento. Mi hermana creció entre prevenciones para salir a la calle, cuidados extremos de mamá y abuelo y hasta tuve que fungir de chaperón en sus primeras salidas sociales con sus amigas y amigos.</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>• Me asumí como heterosexual gracias a la atracción que sentía por Sofía Loren, actriz que veía con frecuencia cuando mi abuelo visitaba a unos parientes que tenían Betamax y alquilaban películas viejas.</li> <li>• Un tío abuelo, hermano de mi abuela paterna, es gay y dentro del entorno familiar jamás hubo un desplante o un reproche, al menos en público. La figura del tío es muy querida para mí pues asumió parte de mi crianza y me enseñó mucho de botánica, natación y baile. No se nos enseñó a percibir la orientación sexual como algo disruptivo, sino como parte esencial de cada ser y que pertenece a la esfera íntima.</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>• No he ajustado por completo en los cánones de la masculinidad hegemónica: no soy fuerte, no soy as de los deportes, ni violento al expresar emociones. Me he preocupado más por la solidaridad que por la caballerosidad. Es decir, me parece prudente ayudar a cualquiera que esté en una situación desventajosa (adultos mayores, personas diversas funcionales, alguien encartado con paquetes, niños pequeños, mujeres gestantes), y no por el simple hecho de ser mujer. Además, soy inseguro al hablar, cosa imperdonable para un macho moderno.</li> </ul>

	<ul style="list-style-type: none"><li>• Mis relaciones sociales comenzaron tarde en comparación con los de mi edad y contexto. Tuve mi primera novia a los 20 años y las primeras salidas de bohemia ocurrieron ya hacia los 22. En casa fui presa de un proceso de sobreprotección ocasionado por el temor de mi madre a que me convirtiera en alguien similar a mi padre (borracho y adicto).</li></ul>		
--	---	--	--

## Anexo 2. Borradores

Se reproducen, a continuación, algunos fragmentos del cuaderno de borradores utilizado durante la escritura de los relatos.



## \* Fogor de Manuel (Tocata y Fuga)

Los días de Manuel se sucedían, uno tras otro, sin mayores sobresaltos. Había cumplido los 21 y venía siendo sastre desde hace poco. Se ganaba la vida con decencia y parsimonia, habiendo renunciado a las peleas clandestinas donde reunía dinero adicional para comer rellena los domingos. Era un peleador no muy refinado, pero bastante efectivo, lo que le valió fama de imbatible, sobre todo, si ya venía con algunos tocones de chicha en la cabeza. Tras algunas escaramuzas con la policía, decidió no hacerlo más, no transpasar el límite de la ley pues le aterraba ir a dar con sus huesos a un calabozo.

Además, como buen liberal, vivía entusiasmado con las perspectivas de la Revolución en Marcha recién iniciada por su idolatrado doctor López. Así lo comentaba con su madre, una mujer recia, de las primeras divorciadas que no tuvo pena de aserirse como tal en el pueblo de Manuel.

Entonces, de día, corte, planche, cosa, camine a entregar el vestido que el cliente es afanoso. De noche, tocaba la tropeta en combos de amigos. Se le quitó lo

Repasó los detalles una y otra vez. Se vio vestido de marinero recalando en Veracruz, New York y Londres. Y volvió a repasar y repasar. Y lo hizo a diario, desde su litera en el batallón Junín a donde llegó después de haber sido apresado por Ortega, su antiguo condiscípulo, por renuncio. El juez militar le ordenó cumplir servicio y lo autorizó a llevar consigo la trompeta y los paños. //

① Manuel se sienta en un parque.

② Manuel sigue caminando mientras piensa en su futuro, pero lo hace automáticamente hacia el taller de sastrería donde lo espera Ortega.

NO

— Juan P. Ruíz J.

10-08-2019

mm  
mm



## Posibilidades (1a)

- 1) Mancel aprende a manejar, siendo esta actividad considerada inmoral.
- 2) Una partida de póquer que acaba en empate.
- 3) Los libros de Mancel [me gusta para un título, no sé bien cómo escribirlo]
- 4) Conocer el volcán a los 70.

Cada idea asentada se estema.

- 5) Los cigarrillos importados del tío Mancel.

## Inventario

- Fragmentos analíticos de libros sin leer. \*
- Mil veces Jesús \*
- Papá entró por la puerta principal... \*
- Françoise Perpignat \*
- Tocata y Fuga \*
- Las mulas de la bisabuela \*
- Los funerales del profesor Jirafales
- Don Horacio... | \* Carlota Morales
- Comandante de escuadra.

## Trayecto 2

Mis encuentros con el clero han sido casi siempre desafortunados. En especial, recuerdo el más impactante que ocurrió a mis tiernos cinco años.

Fue en Manizales. En el parqueadero del hotel donde nos alojábamos había muchos carros muy jentitos y, entre ellos, un campero amarillo que transportaba un escuadrón de monjitas. Desde nuestra llegada, veía ese campero entrar y salir con monjas adentro, como sardinas en salmuera.

Un día, mi papá quiso calmarme un berrinche ~~me~~ comprándome una oblea rebo-sante de dulce de leche, queso y jalea de moras. Una cosa monstruosa. El manjar era gigantesco para mis manitos, pero se dejaba mordisquear lentamente. Salimos al parqueadero con rumbo al carro familiar, teniendo que pasar junto al campero de las esposas de Cristo.

Una mezcla de mala suerte y física fundamental operó cuando, a mi paso, se

abrió la puerta del campero, dejándome estampillado contra las latas del Nissan Patrol 78 y viendo rodar por el suelo mi oblea, mi tesoro.

Sin acabar de reaccionar al golpe, un pingüino enorme se acercó y empezó a pronunciar frases de consuelo en un pulcro acento paísa. Me dolía la cabeza pero, sobre todo, el orgullo de no haber podido presumir la oblea un poco más.

Lloré a cántaros.